ANNA CHILLON

ESENCIA
de hombre



PASSION ISLANDS

PASSION ISLANDS

Esencia de Hombre

Anna Chillon



Copyright © 2025 Anna Chillon
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados a la Autora

Esta es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora.
Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia.

www.annachillon.it
annachillon@gmail.com

Capítulo 1



Parecía una noche cualquiera, en el restaurante del Caribbean Bay Cove, clara y con una temperatura agradable. Sin embargo, desde hacía unos días, algo diferente flotaba en el aire. Una fragancia con notas de ámbar y almizcle, con un fondo amaderado de cedro, una combinación perturbadora...

Inspiré profundamente, mientras pasaba con la bandeja junto a la mesa de la cabaña 101.

¡Madre mía, cómo se ha pasado esta noche con el dichoso perfume! Nos ha bañado enteros.

Fresco, intenso y masculino, era el tipo de perfume que me hipnotizaba, haciendo que mi cabeza diera vueltas. Un uso tan excesivo me habría parecido vulgar en cualquier otra persona, llevándome a arrugar la nariz, pero en el hombre en cuestión provocaba un efecto completamente diferente.

Alto y distinguido, con hombros anchos y dos ojos verdes, fríos y enigmáticos como los de un hombre que no necesita más que unas pocas palabras para hacerse respetar, Mr. Baker debía haber superado los treinta hacía algún tiempo, y lo había hecho de manera impecable.

Llevaba una semana alojado en el Caribbean Bay Cove, el resort de cinco estrellas donde trabajaba como camarera, del que salía y entraba solo cada día. Hasta donde yo sabía, él nunca se quedaba en la playa privada, a pesar de lo

encantadora que era, tan encantadora como puede ser una bahía en las Islas Caimán, con su arena blanca y agua cristalina.

A él le daba igual lo paradisíaco que fuera aquello. Por las mañanas salía temprano con un maletín de cuero y se pasaba casi todo el día fuera, no por turismo, sino por negocios. O al menos esa era la idea que me había hecho, y que explicaba tanto su forma de comportarse como de vestirse: trajes ligeros pero serios, claros durante el día y oscuros por la noche.

Poco me importaba que tuviera unos quince años más que yo. En apenas unos días se había convertido en mi obsesión. Pensaba en él constantemente. Me sorprendía buscándolo con la mirada y con el olfato. Luego entrecerraba los ojos al verlo pasar, para olerlo mejor, intentando retener su rastro incluso después de que ya hubiera doblado la esquina.

Pensaba que para llevar un perfume de ese tipo se necesitaba la piel adecuada, el carácter adecuado, incluso la forma de andar adecuada. Él tenía todo eso, por eso le sentaba tan bien.

Suspiré con aire soñador y volví a la realidad, dejando los tres cafés de mi bandeja en la mesa de tres mujeres, dos morenas y una rubia, que habían venido a celebrar el divorcio de una de ellas. Elegantes, pero no lo suficientemente sobrias como para considerarlas sofisticadas, rezumaban riqueza por cada poro.

No fue casualidad que pidieran cambiarse a una mesa fuera, con la excusa de que corría más el aire. Aunque era fácil intuir qué tipo de aire deseaban: un perfume más intenso y vertiginoso que el de la brisa marina.

La rubia, Miss Douglas, huésped del resort desde hacía unos diez días, apoyó sus muñecas enjoyadas sobre la mesa. Cruzó las piernas y la seda de su vestido se deslizó sobre ellas, dejando al descubierto su rodilla y su esbelta pantorrilla.

—Escucha, tenemos una petición que hacerte —me dijo, provocando sonrisitas en las otras dos—. Nos gustaría invitarle un cóctel al hombre de negro, el que está allí, solo en la mesa. ¿Puedes llevarle algo sofisticado y decirle que es de parte nuestra?

—De parte tuya — añadió la mujer morena a su izquierda, que llevaba un vestido negro menos llamativo que el rojo de la rubia.

—Elisabeth, querida, confía en mí: un hombre completamente desconocido y sin ningún interés en quién eres, es justo lo que necesitas para olvidar a Michael de una vez por todas. —Miss Douglas posó su mano sobre la de su amiga como queriendo consolarla, y volvió a mirarme—. Entonces, ¿podrías hacerlo? Discretamente, por supuesto.

En nuestra era moderna no había razón para que siempre fuera el hombre quien tomara la iniciativa. Aun así, no pude evitar fruncir la nariz, molesta por el descaro de un *avance* que, sinceramente, yo misma no habría tenido valor de hacer.

—Sí, puedo hacerlo. —Tuve que aceptar y hacerme a la idea: era evidente que un hombre así no pasaría desapercibido por mucho tiempo—. Tenemos el cóctel de la casa, con ron agrícola y piña, o puedo sugeriros un Mai Tai, que tiene muy buena fama por aquí, entre nosotros.

—El Mai Tai es perfecto. Gracias —respondió, exultante—. Dile que nos encantaría que se uniera a nuestra mesa. Si le apetece, claro.

Asentí y me escabullí. La única ventaja era que ahora tenía una excusa para acercarme a la mesa de Mr. Baker sin esperar a que fuera él quien me llamara a mí, en lugar de alguna de las otras tres camareras que estaban en el exterior del restaurante.

Esperé el cóctel en el bar, cargué la bebida en la bandeja y comencé mi misión sintiendo cómo la ansiedad me invadía. Mr. Baker estaba deslizando en su boca el último bocado de cangrejo, cuando coloqué el posavasos frente a él y posé allí el Mai Tai.

Dejó el tenedor. Sus ojos verdes se alzaron hacia mí, clavándose en los míos por primera vez desde su llegada al resort.

—No lo he pedido.

La oleada de su perfume, unida a la profundidad de su mirada verde pantano, casi me hizo olvidar el motivo por el que me había atrevido a acercarme a él sin ser llamada. Me sentí cohibida al instante, sin ninguna razón concreta, como si él tuviera la capacidad de tocar una fibra muy oculta y sensible dentro de mí.

Agarré la bandeja con ambas manos, sosteniéndola frente a mí como si fuera un escudo.

—Se lo envían amablemente las tres damas de la mesa junto al jarrón de orquídeas, señor.

—*Amablemente*... —subrayó él, con tono irónico.

Miss Douglas le sonrió a la distancia, agitando sus largas pestañas con coquetería, y le guiñó un ojo mientras levantaba su copa de vino blanco.

Mr. Baker permaneció impasible y sumergió los dedos en el recipiente destinado a limpiarse las manos, aunque no parecía tener rastro alguno de grasa. Movió las muñecas dos veces, sacudiendo las gotas de agua como si también estuviera quitándose de encima los ojos de la rubia.

—Devuélvelo, no estoy interesado en la oferta.

—¿Se refiere al cóctel? Tal vez prefiera algo diferente —comenté, algo afligida, mordiéndome la comisura de los labios.

—Si no es de su agrado, me disculpo por haber sugerido la bebida equivocada. Es culpa mía, señor.

—No me refiero al cóctel. Y aunque no sea de mi gusto, no es culpa tuya, por supuesto —afirmó, lejos de querer tranquilizarme, solo para constatar un hecho.

Sin embargo, la forma en que me dirigí a él pareció despertar su interés. Su mirada descendió por mi figura tomando las medidas de mi camisa blanca, luego la falda negra hasta la rodilla, bajando por mis pantorrillas hasta mis tobillos, que estaban calzados con los zapatitos negros de mi uniforme.

—Dime, *Cassie* —leyó mi nombre en la chapa del bolsillo, enfatizándolo—. ¿Siempre hay tanta afluencia de turistas en el resort?

Cambió de tema abruptamente, sin preocuparse por las tres mujeres que esperaban ni por el Mai Tai que tenía delante.

—Bueno, yo llevo aquí solo dos meses, pero mis compañeras dicen que entre abril y noviembre, cuando hace más calor y hay más humedad, se vacía casi a la mitad. —Comencé a girar la bandeja, feliz de poder conversar un momento más con él y, al mismo tiempo, intimidada por sus modos lapidarios. Todo esto mientras su perfume obnubilaba mis sinapsis.

—La mitad, nada menos. —Dijo, mientras tamborileaba con sus dedos, perfectamente limpios, sobre el mantel—. Y sin embargo, se dice que el Caribbean Bay Cove es el resort más caro y visitado de la zona.

—Si no fuera el más caro, imagino que sería también más visitado durante la temporada baja. Hay que tener en cuenta, además, que el Caribbean solo acepta clientes mayores de dieciséis años, para preservar su ambiente tranquilo y prestigioso. Esto excluye a buena parte de potenciales huéspedes con familias. —Mientras lo observaba, me di cuenta de que su cabello, aunque corto, era lo suficientemente largo como para que pudiera entrelazar mis dedos entre sus mechones. Dedos que luego se habrían deslizado con gusto por la abertura que dejaban los dos botones sin abrochar de la camisa de lino—. Mr. Baker... ¿Le importaría si le hago una pregunta?

—Las chicas discretas y educadas, con buenos modales, pueden hacerme todas las preguntas que quieran. —Con un leve movimiento de su barbilla, me indicó que prosiguiera, así que me lancé.

—Usted no está aquí de vacaciones, ¿verdad?

—Qué perspicaz —sonrió, como si se riera de lo obvio—. Me pregunto cómo lo supiste... —Podría haberme enfadado, pero el hecho de descubrir que

también era capaz de sonreír así, suavizando su habitual expresión severa, socavó su burla e hizo que mi corazón latiera más rápido.

—Es solo que... es extraño. La gente viene aquí de vacaciones. Cuando se trata de trabajo, las personas prefieren hospedarse en George Town.

—Estoy aquí para hacer un reconocimiento, mientras intento decidir dónde invertir. —Se reclinó en su silla e inclinó ligeramente la cabeza, con expresión inquisitiva—. Sé que ya circulan rumores sobre eso en el Caribbean. Así que dime, ¿por qué me lo preguntas?

—No he oído nada, no suelo prestar atención a los rumores.

—Buena costumbre, la tuya. Ignorar los cotilleos puede ser malo para los negocios, que requieren estar alerta, pero es bueno para el espíritu.

Qué cierto era. Los rumores y los cotilleos fueron dos de las principales razones por las que dejé mi pueblo, una pequeña localidad en Pensilvania. Aprender a no darles importancia había sido indispensable para mantener una especie de salud mental que me ayudara a ocultar mis emociones.

Mientras tanto, las gotitas de condensación caían lentamente por el vaso del Mai Tai, mojando el posavasos y el mantel. Me recordaban la razón por la que estaba allí. Cometí el error de mirar hacia Miss Douglas. Ella abrió mucho los ojos y alzó la barbilla, impaciente por verme cumplir con mi desagradable tarea.

No sabía qué más decirle a Mr. Baker, mientras él callaba, ignorando tanto a las mujeres como al incómodo silencio que se había instalado entre nosotros. De hecho, parecía estar perfectamente a gusto viéndome de pie, cambiando el peso de una pierna a la otra, indecisa sobre qué hacer.

Ante su falta de iniciativa, formulé la última petición que estaba obligada a transmitirle.

—Las señoras querrían saber si le apetece unirse a su mesa.

—No me apetece —respondió secamente.

—Entiendo. —Dejé la bandeja sobre la mesa y retiré el cóctel—. Les diré que, lamentablemente, ya se encuentra comprometido sentimentalmente. —Imaginaba que lo estaría. Para rechazar una oferta así, debía de estarlo.

—¿Por qué mentir? Di que no estoy interesado, la simple verdad. No estoy de humor para charlas vacías, mucho menos cuando esas tres no son mi tipo.

—Ah. —Fue demasiado brutal y directo para un caballero, pero me fue imposible no disfrutarlo, tanto por la revelación de su condición de hombre libre, como por su rechazo. Un rechazo que, sin embargo, me resultaba incomprensible—. Me parecen mujeres encantadoras, con clase...

—Yo tengo una idea completamente diferente de lo que es el encanto. —Sacó una cajita plateada del bolsillo pequeño de su chaqueta y extrajo de ella

un cigarrillo.

Seguí con la mirada los gestos con los que lo encendió, cada pequeño movimiento, sencillo y espontáneo, sintiéndome seducida.

—¿Una idea que tiene que ver con el aspecto, o...? —dejé la frase en suspenso, esperando que fuera él quien la completara.

—No escuchas los cotilleos, pero aún así sientes curiosidad. —Aspiró mientras me sostenía la mirada. Cuando estuvo seguro de haber atrapado mis ojos, desvió los suyos hacia el cenicero, al otro lado de la mesa, y luego volvió a mirarme, expectante.

Comprendí al instante lo que quería y deslicé el cenicero hacia él.

Mr. Baker me recompensó con una pequeña sonrisa.

—Veo también que la rubia está buenísima. Simplemente no me gustan las mujeres agresivas e intrusivas, mucho menos las *femmes fatales*. Prefiero una especie de "pureza de alma", una mujer que sepa lo que quiere, pero que también sepa esperar con sobriedad y reserva.

Ciertamente no podía considerarme una devoradora de hombres, pero también estaba bastante lejos de tener un "alma pura", y la paciencia no era precisamente una de mis virtudes. ¿Estaba al menos segura de lo que quería?

No exactamente, pero sí me gustaría saber cómo son sus besos, pensé, dejando caer los hombros con un suspiro.

—Tiene buen gusto —me limité a responder.

—Sí, buen gusto y pésimo carácter. —Exhaló el humo entre los labios, apenas entreabiertos—. Tal vez tú seas más compasiva con esas mujeres.

Eso, desde luego, estaba claro.

—Haré lo que pueda. —Levanté la bandeja con el Mai Tai—. Entonces, ¿está seguro? ¿Me lo llevo?

—Sí, gracias, Cassie.

Esperé que dijera algo más, que alargara la conversación, pero, para mi gran decepción, no hizo el menor intento. Así que no me quedó más remedio que despedirme.

—Si necesita algo, no dude en pedírmelo, Mr. Baker... Cotilleos aparte, por supuesto.

Él sonrió de medio lado y asintió de nuevo, sin compartir sus pensamientos conmigo.

Lamentablemente, debía volver con las señoras para darles la mala noticia. Llevé el cóctel y les expliqué que el caballero agradecía mucho la amable invitación, pero que no se sentía con ánimo esa noche, y que su humor no lo convertía precisamente en buena compañía.

—Tonterías —refunfuñó Miss Douglas—. Ya me habría encargado yo de levantarle *"el ánimo"*—. Miró indignada en dirección a Mr. Baker, que observaba abiertamente la escena mientras se llevaba el cigarrillo a los labios entre los dedos índice y corazón, con aire señorial.

—Quiere hacerse el interesante —comentó entonces la tercera mujer, a quien aún no había oído hablar.

Al ver a Mr. Baker así, con esa actitud altiva, pensé que no estaban completamente erradas. Ese hombre cultivaba su poder y magnetismo con la misma eficacia brutal con la que mi abuelo cultivaba los tomates. Quería despreciarlo por su presunción, y en parte lo hacía, pero en el fondo, lo único que deseaba era escuchar otra de esas frases suyas, dichas con autoridad.

Miss Douglas echó un mechón de su largo cabello dorado sobre su hombro y entrecerró los ojos, mostrando lo decidida que estaba a sostener su mirada.

—Has estado mucho rato hablando con él, ¿qué te ha dicho? ¿Acaso está comprometido?

—No que yo sepa.

—Y entonces, ¿qué te estuvo diciendo todo ese tiempo?

—Nada importante, me explicó que se encuentra aquí por trabajo. Supongo que tendrá la cabeza en otra parte, por eso no está de humor para compañía. —Intenté minimizar la situación lo mejor que pude, porque sabía que esa mujer nunca había conocido el sabor amargo del rechazo y no quería que me asociaran con ese fracaso.

—Es evidente que eres joven y no conoces a los hombres, querida. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, señora.

—Deja que te lo diga alguien que tiene catorce años más de experiencia en este tema: ese hombre ya no es un chaval, así que lo que está haciendo es subir la apuesta. Lo que no quiere es perder el tiempo. —Extendió la mano hacia el bolso que colgaba de la silla y sacó la llave de la cabaña 213, es decir, la decimotercera del ala 2. Se la mostró a Mr. Baker, haciéndola oscilar colgada de su dedo índice, con la larga uña pintada de rojo carmesí. A continuación la dejó sobre la bandeja que yo sostenía—. Llévale esto y ponlo sobre su mesa, sin decir una palabra, por favor. Luego vuelve enseguida, antes de que él pueda decir algo. Y veremos si tengo razón.

Observé la llave, que parecía pesar más que el cóctel. No me apetecía hacer lo que me habían mandado; él ya me había dejado claro que no le gustaban las mujeres con actitudes impositivas... Pero, ¿y si, en realidad, ella tenía razón?

Mr. Baker, con sus largos silencios, era un hombre de pocas palabras. Tal vez realmente era alguien que prefería ir directo al grano.

—Esto me lo quedo yo. —La mujer divorciada, Elisabeth, cogió el Mai Tai, liberándome de su peso—. Ahora mismo, necesito mucho más esto que a un hombre.

—¿Segura? —preguntó la rubia—. Lo comparto encantada, si quieres.

—¡Cielos! ¿Qué estás diciendo? ¡No! —Hundió su nariz en el cóctel y bebió un sorbo—. Yo no comparto a los hombres. Y a este te lo dejo enterito: necesito mimos y un hombro en el que llorar. Ese tipo, en cambio, parece un hijo de puta arrogante.

La última resopló.

—¡Dios, ahora para ti todos son tan mierdas como Michael!

—Me distraeis a la chica. —Miss Douglas agitó su muñeca con un tintineo de sus brazaletes de oro, invitándome a moverme—. Disculpa nuestros cotilleos y las molestias. Ve tranquila, llévale las llaves, nosotras ya hemos terminado aquí. Si quieres, pasas luego a recoger. —Puso sobre la mesa tres billetes de veinte dólares como para agradecerme el favor—. Gracias, has sido un sol.

—Gracias a vosotras. Esperemos que esta vez vaya mejor —respondí, aunque en el fondo esperaba todo lo contrario.

Volví a ser la intermediaria entre las dos mesas. Cuando llegué a la de Mr. Baker, me detuve frente a él, dudando por un momento.

Alzó una ceja, retándome a hacer lo que me habían pedido. A diferencia de Miss Douglas, no pude sostener su mirada y bajé la mía hacia la bandeja, de la cual tomé las llaves. Las dejé sobre la mesa, o mejor dicho, las tiré.

—Bien.

—Al menos, la señora sabe ser bastante clara y directa. Podría aceptar... —parpadeó lentamente, volviendo a abrir los ojos y clavándolos en mí—. O podría enviarte de nuevo con ella con una contraoferta, a ver quién se cansa primero: ella, yo o tú. ¿Qué opinas?

De haber podido, habría dicho que ambas ideas me parecían pésimas, pero no podía. Así que apreté fuertemente el labio entre mis dientes, asegurándome de mantener cerrada la boca.

—¿Tiene tanta hambre que se ha comido tu lengua? —insistió.

Cerré los ojos un momento, sin saber cómo expresarle lo que estaba sintiendo, segura de que ni siquiera le importaba. Me contuve, dejando sus preguntas flotando en el aire, y me largué como me habían ordenado, aunque luego me detuve a espiar desde los postigos del salón interior, oculta tras las hojas del banano.

Mr. Baker dio otra calada a su cigarrillo, mientras los comensales de la mesa más cercana a la suya se levantaban y se dirigían hacia la zona del salón.

Cuando sus miradas indiscretas se alejaron, apoyó el codo en la mesa y levantó las llaves, dejándolas colgar en el aire, dirigiendo una expresión dura a Miss Douglas. Después cerró el puño de repente, atrapándolas en su mano.

Estaba dentro.

Un nudo se me formó en la garganta.

Miss Douglas le sonrió triunfante y se levantó con sus amigas. Le dio la espalda mientras se alejaba contoneando el trasero, rumbo a su cabaña, sabiendo que era admirada por el hombre que la seguiría.

Al final, tenía razón: ni siquiera Mr. Baker era capaz de resistirse a la abierta disponibilidad de una mujer guapa y desinhibida como ella.

—Cassie, ¿qué estás haciendo? —me preguntó Haley, mi compañera de habitación y trabajo. Se detuvo junto a mí con la bandeja llena de chupitos—. ¿Qué miras?

—Nada. —Me apoyé en la pared, apartándome de la puerta—. Creo que el espectáculo acaba de terminar.

—¿Qué espectáculo? ¿Será posible que siempre llegue tarde?

—No te has perdido de nada, solo el típico tonteo entre dos huéspedes.

—¡Pero esos son mis favoritos!

—Pillarás el próximo, total, hay uno cada santo día. —La aparté— Más bien, ¿te apetece ganar sesenta dólares?

—¿Tengo que vender mi cuerpo? Si es así, me apunto —bromeó encogiéndose de hombros y haciendo que un chupito se desbordara. Haley siempre era así, algo despistada y muy alegre. En eso nos compensábamos: yo era una aguda observadora de los detalles, pero no destacaba por mi buen humor.

Sin embargo, en cuanto a la apariencia, nos parecíamos: ambas con el cabello castaño, cortado en capas y recogido en un moño bajo en la nuca, espigadas y de tez clara, con un rostro ovalado de rasgos delicados. Gracias al uniforme, algunos huéspedes incluso llegaban a confundirnos, especialmente cuando nos veían de espaldas. Quién sabe si Mr. Baker también lo habría hecho. Lo dudaba: él era demasiado observador.

—Tienes que recoger la mesa de la 213 —le anuncié—. Han dejado una buena propina.

—¿Y por qué no la coges tú? —Haley estiró el cuello y espió hacia fuera—. ¿Está envenenada? ¿Hay una trampa? ¿Me electrocutaré?... ¡Ya sé! Es dinero sucio de un rico mafioso.

—Nada de todo eso, es una historia larga. —La empujé hacia delante—. Tú lleva los chupitos, luego recoge y quédate con la pasta. Confía en mí, ¿vale?

—Si tú lo dices. —Se encogió de hombros y accedió.

Quería evitar pasar de nuevo frente a Mr. Baker, un poco por decepción, un poco por rabia, y un poco por vergüenza, aunque en realidad no debería haber sido yo quien se sintiera incómoda.

Ese hombre tenía un efecto realmente extraño en mí, con el más mínimo gesto conseguía impactarme, despertando emociones tan contrastantes que no sabía cómo manejarlas. Pobre de mí: ya sabía que pasaría la noche imaginando lo que estaba sucediendo entre él y Miss Douglas. Y, conociéndome bien, no me conformaría solo con imaginarlo...

El sonido del timbre en la cocina anunció que uno de los últimos platos de la noche debía ser retirado. Un compañero se adelantó a recogerlo, así que aproveché para tomar mi bandeja y limpiar las mesas del salón principal. Haley se acercó y me entregó los sesenta dólares de la propina, pero se negó a aceptarlos. Le prometí que, cuando fuéramos de compras a la ciudad, le compraría algo como regalo, y ella, riendo, aceptó.

Cuando salí de nuevo a la terraza, ya no había rastro de Mr. Baker, ni de casi ningún otro huésped. Sobre su mesa, solo quedaba un cigarrillo apagado en el cenicero, la servilleta cuidadosamente doblada, unas pocas migas donde había estado el pan, y los cubiertos perfectamente alineados como manecillas de un reloj marcando las 18:30, señalando que la comida había llegado a su fin, tal y como manda la etiqueta.

Ese hombre no era normal: habría sido mejor mantener la distancia.

Recogí su vaso, pasando el pulgar por donde habían estado sus labios y cerré los ojos, persiguiendo una débil nota de su perfume que aún flotaba en el aire. Y por un momento, casi pude sentir la sensación de su boca sobre la mía.

Capítulo 2



Era *muy* curiosa, Mr. Baker tenía razón en eso.

Tanto que, al acabar mi turno nocturno, me encontré caminando por los senderos alumbrados por las luces empotradas en el suelo, en dirección a la cabaña 213.

Casi todas las cabañas del Caribbean Bay Cove estaban inmersas en el verde para preservar la privacidad de los clientes, y se distribuían de manera dispersa, formando una especie de ala alrededor de la estructura central. Otras seis, en cambio, se encontraban directamente sobre el agua, en una pasarela que se adentraba en el mar.

Por suerte para mí, la 213 no estaba entre ellas; de hecho, se encontraba en la zona más externa y apartada del resort. Me dirigía allí sin un propósito concreto, más allá de comprobar con mis propios ojos cuán parecido era, al fin y al cabo, Mr. Baker a cualquier otro hombre con apetitos sanos y demandas banales.

Entre un paso y otro me quité los zapatos, buscando alivio para mis pies cansados sobre las piedras lisas del sendero. Me gustaba caminar de noche entre la vegetación tropical, cuidada por manos expertas para hacer de aquel lugar un pequeño, o mejor dicho, gran paraíso. Tal vez un poco comercial, pero sin duda, muy agradable en su capacidad de despertar una sensación de relajación y bienestar.

Había buscado y aceptado ese trabajo de camarera por eso, además de para escapar de Pensilvania. Y tenía que admitir que me sentía satisfecha con la manera en que había logrado pasar página en mi vida. Empezaba a sentirme más libre, con derecho a vivir mi existencia lo mejor posible, como cualquier otra persona.

Me detuve al doblar la esquina que bordeaba el gran arbusto de jengibre rojo. Mr. Baker, inconfundible con su traje negro, caminaba solo unos veinte metros por delante de mí. Su mano jugaba junto a su muslo, haciendo girar la llave de la 213: una vuelta y la cogía, otra vuelta y la cogía, y así sin parar.

Había pasado más de una hora desde que se había levantado de la mesa: ¿por qué esperar tanto para ir a verla?

Estaba segura de que, a esa hora, encontraría las luces de la cabaña encendida y escucharía los gemidos provenientes de su interior, pero al parecer él prefirió hacerse esperar como una verdadera primera dama.

Dudaba que Miss Douglas fuera consciente del tipo de hombre con el que trataba, pero al verlo tomar el sendero señalizado con el número 213 en una placa de madera finamente tallada, me convencí de que pronto lo descubriría.

Procurando que nadie me viera, salté el cordón de cáñamo que delimitaba la pasarela principal. Me interné entre las plantas, agachada.

Ser sigilosa era una de mis especialidades. En realidad, no se lo había confesado a Mr. Baker, pero estaba muy atenta a esa clase de rumores y cotilleos que me servían para moverme a hurtadillas para cometer mis pecadillos. Horarios, movimientos, cambios de guardia: en dos meses conocía los rincones del resort y las costumbres de sus visitantes como la palma de mi mano.

Entreví las piernas cruzadas de Miss Douglas asomando desde una mecedora en el patio de la cabaña. Esperé a que Mr. Baker subiera los tres escalones y se detuviera frente a ella, luego me acerqué con la máxima cautela, agachándome detrás de un arbusto peligrosamente cercano. Aparté una ramita para ver mejor.

Él cayó, como era su prerrogativa. Esperó a que fuera ella, incómoda por el prolongado silencio, quien hablara en primer lugar.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí. —Su tono denotaba altivez y fastidio. A Miss Douglas no le había sentado bien la larga espera—. Este resort es grande, pero no pensaba que alguien pudiera perderse aquí.

Mr. Baker metió la mano libre en su bolsillo.

—Solo me perdí una vez en mi vida, y fue en Namibia, en la nada más absoluta.

—Obviamente no se ha perdido, simplemente ha decidido tomárselo con calma.

—*"Más vale tarde que nunca"*, dicen.

—Quien lo dice no se encuentra esperando a alguien que *intencionalmente* se retrasa. —El tobillo fino, rodeado por una correa negra en la que brillaban pequeños *strass* igualmente negros, se balanceaba nerviosamente—. Ni siquiera nos hemos presentado, ¿señor...?

—Baker —se presentó él, primero con su apellido y luego con su nombre —. William.

—Mr. Baker, soy Chrystal, me gustaría decirle que es un placer, pero debe saber que hasta hace dos minutos estaba pensando seriamente en ir a denunciar el robo de la llave de mi habitación en la recepción.

—Sin embargo, no te has movido, *Chrystal*. —Inmediatamente se tomó la libertad de usar un tono confidencial—. En el fondo, sabes ser paciente —le dijo, arrojando la llave sobre una mesa auxiliar.

—Oh, yo no diría eso. Me están temblando las manos de las ganas que tengo de abofetearlo. —La rubia no pudo responder en el mismo tono confidente. Se levantó, revelando que tenía en la mano un vaso con un líquido ambarino.

Oí el pequeño silbido burlón que acompañó su sonrisa.

—Ahora estoy aquí. ¿Por qué no lo intentas?

Ella lo enfrentó, cara a cara, casi tan alta como él gracias a los finos tacones de sus vertiginosas sandalias. Tenía toda la pinta de alguien que quería vengarse.

—¿Un whisky?

—Sí, gracias. —Esta vez aceptó la bebida que le ofrecían.

Miss Douglas se encogió de hombros.

—Sabía que no era un tipo de piña colada, pero cuando esa chica ingenua lo propuso, me pareció divertido imaginarlo lidiando con algo tan dulce y empalagoso. —Se apartó para coger la botella de Caol Ila que se encontraba sobre la mesita y se inclinó para servir un vaso, mientras de forma deliberada le ofrecía la visión de su trasero, cubierto por el ligero vestido rojo.

—Era un Mai Tai lo que ordenaste —la corrigió Mr. Baker, disfrutando las vistas—. Y no todas las cosas dulces me desagradan.

Ella usó las pinzas para añadir un cubito de hielo a la bebida. Se enderezó, pero en lugar de pasarle el vaso, levantó la otra mano con un movimiento repentino y le soltó un bofetón que debía haber sido largamente premeditado.

Actuar a traición, en el momento menos esperado, no fue suficiente para pillarlo desprevenido: Mr. Baker le sujetó la muñeca, deteniéndola a un palmo

de su mejilla. La sostuvo allí, devolviéndole la bofetada no dada solo con la fuerza de su mirada.

—No así —le dijo lentamente, con un sonido gutural—. Ese no es el juego.

Ese tono, esa firmeza con la que sus modales distinguidos mutaban en ímpetu... Mi respiración se volvió más pesada, al igual que la de Miss Douglas.

Ella tuvo la osadía de levantar la barbilla.

—El juego lo inicié yo, y las reglas las dicto yo.

—¿Eso crees? —La obligó a retroceder, haciéndola chocar contra la puerta de la cabaña, que aún estaba cerrada con llave.

—¿Qué hace? Suélteme... —protestó la rubia.

—Quieta. —La mano izquierda de Mr. Baker subió por su pierna desde la rodilla, colándose por la abertura del vestido que se extendía desde las pantorrillas hasta la mitad del muslo.

—¿Para esto que me quisiste aquí, no? — Le clavó la muñeca contra la madera, pegándose a ella hasta cubrir casi por completo su figura.

Morbosamente absorta en esa escena, me incliné hacia el arbusto; prácticamente caí en él, soportando los arañazos de las ramitas.

Por fortuna, ninguno de los dos lo notó, demasiado centrados en lo suyo como para darle importancia a cualquier ruido, que podría ser de un gato, un papagayo o cualquier otro animalito inofensivo que anduviera dando vueltas por el resort.

Miss Douglas abrió mucho los ojos, pero luego volvió a bajar sus párpados. Dejó de resistirse, soltando un gemido por lo que hizo la mano de Mr. Baker entre sus muslos. El vaso se le resbaló de la mano, derramando el whisky y el hielo por el suelo.

Él lo apartó de sus zapatos con un golpecito del pie.

—Deberías tener más cuidado con lo que haces y lo que dices, y sobre todo con quién estás tratando. Pueden caer muchos, pero no todos. No yo. —Trabajó entre sus piernas, con movimientos lentos, pero firmes—. Toda esa seguridad y agresividad, solo ocultan una profunda inseguridad. ¿Será miedo al rechazo? ¿O hay algo más detrás?

La mujer soltó una risita amarga.

—Usted debe ser un verdadero experto en la materia. Si lo que insinúa es cierto, entonces, supongo que debe ser terriblemente inseguro y estar profundamente asustado.

—Supones bien, sucede que lo soy. —Su admisión fue completamente inesperada. Y sin embargo, su confesión de debilidad solo lo hizo parecer más fuerte ante mis ojos—. Personalmente, temo que lo que no controlo se me

vaya de las manos. Cuanto más noto que se me escapa, más me asusto y reacciono de la peor forma: cerrando el puño.

Con un tirón firme, separó su muñeca de la madera, haciendo que girara hacia él mientras su brazo se torcía dolorosamente en su espalda.

Miss Douglas terminó nuevamente presionada contra la puerta, esta vez con el pecho contra la madera, su espalda desnuda, recorrida por delgados hilos de seda que resaltaban la curva de su figura, alineada con la de él.

Su mano libre se extendió hacia adelante, apoyando la palma sobre la madera.

—Casi podría sentir pena por usted, si no fuera porque empiezo a pensar que mi amiga tiene razón: usted es un arrogante hijo de puta.

Él le apartó el cabello con delicadeza, dejando al descubierto el pendiente que caía delicadamente hasta rozar su hombro. Lo hizo oscilar con un soplido.

—Y tú eres una puta, Chrystal. —Su dedo índice en la mejilla hizo que apoyara el rostro en la superficie de la puerta—. Que solo quieren que la follen como a una puta. ¿Tengo razón?

Aquellas palabras tan sucias pronunciadas por él, siempre tan distinguido y elegante, sonaron discordantes y me perturbaron profundamente. Un impulso urgente de escapar me recorrió, pero no pude hacerlo. Algo me mantenía inmóvil, como si un anhelo invisible me aprisionara el estómago, intensificado por el sutil aroma de su perfume que flotaba en el aire y llegaba hasta mí.

Miss Douglas no pudo articular palabra ni refutar. Intentó empujarse hacia atrás, atrás, haciendo presión sobre la puerta.

Él la estampó contra ella de nuevo con violencia.

—Como una buena puta, levántate la falda, ahora.

Apenas le soltó el brazo, ella se zafó, pero Mr. Baker la asió por el cabello y le pegó la pelvis contra el trasero, haciéndole sentir lo que podría estar perdiéndose.

Ante ese trato, la mujer cedió. Se llevó las manos a las caderas y empezó a recoger el vestido en sus puños, estrujándolo.

—Más, enséñame ese culo que tanto te gusta restregarme en la cara —le ordenó.

Las manos levantaron aún más la tela, hasta que quedó sujeta en pequeños pliegues rojos en la parte baja de la espalda.

—Estabas deseando que pasara, admítelo —enderezó la espalda, orgullosa, adoptando un tono más directo.

Él se apartó para admirarla mejor, y yo también pude echar un vistazo a dos nalgas perfectas, desnudas y lisas, realzadas aún más por los tacones. Entre

ellas asomaba el hilo de un tanga negro, con un detalle rojo en la V del centro, si la penumbra no me engañaba.

El hombre llegó incluso a inclinarse, apoyando los codos sobre sus rodillas, para tener el objeto de su interés a la altura de los ojos.

—El gran problema con este culo, es que su dueña sabe demasiado bien lo bonito que es.

La rubia, pese a estar libre, no se movió. Giró el cuello y lo miró de reojo, sonriendo con suficiencia.

—Si tanto te interesa, podrías empezar por ser más amable...

Apreté una rama en mi puño. Estaba celosa. Irritada, porque ella era capaz de plantarle cara como yo nunca hubiera sabido hacerlo. Yo no habría sabido ser tan combativa ni aunque hubiera servido para hacer que él me deseara.

—Tengo una idea mejor —Mr. Baker se levantó, enganchó las tiras del tanga y lo bajó de un tirón, haciendo que cayera a sus pies—. ¿Y si en lugar de eso le diera unas buenas hostias a este culo hasta que se pusiera bien colorado y menos descarado?

Ella soltó el vestido, que volvió a caer cubriéndola.

—No serías capaz.

—¿Qué te asusta? ¿El dolor? ¿O la idea de dejarte someter por un hombre?

Antes de que Miss Douglas pudiera darse la vuelta, él le agarró la falda, se la subió y le metió la mano entre las nalgas, frotando el surco entre ellas hasta llegar a su sexo.

—Estás muy caliente aquí abajo, Chrystal. Estoy seguro de que una buena azotaina te ayudaría a mojarte como la puta que eres.

—Para... —gimió ella, apoyando la frente en la puerta, pero sin hacer nada realmente para detenerlo.

—¿De hacer qué exactamente? ¿De tocarte mientras procuras apretar el culo para evitar que llegue a tus ávidos agujeros? ¿O de llamarte puta?

Se estaba pasando con ella, volviéndose cada vez más detestable. La provocaba una y otra vez, buscando que cediera, pero ella no tenía ninguna intención de amilanarse.

—Sé lo que estás haciendo. Quieres demostrarme que tienes el control sobre mí, pero no lo necesitas: no tengo intención alguna de escaparme. —Giró sobre sí misma, haciéndole perder el agarre sobre ella y sobre la falda, y posó una mano en su pecho.

Se estiró, intentando alcanzar su boca.

Él la detuvo alzando un dedo contra sus labios.

—No es en mi boca donde los quiero.

La mujer le apartó la mano de un manotazo, frunciendo el ceño.

—Hay hombres que no sueñan con otra cosa que meterse en mi cama. Y no lo digo por presumir, simplemente es la realidad. Si pensabas que podías venir aquí, que te la chuparan y marcharte tan tranquilo, con los huevos vacíos y sin mover un dedo, pensaste mal.

—No es mi estilo tomar sin dar. Solo quería saber hasta dónde estabas dispuesta a llegar, después de haber dejado pasar a todos estos *hombres* esta noche para entregarme tus llaves a mí.

—Te lo dije —Miss Douglas alargó la mano hacia su cuello con un gesto seductor— yo no me escapo.

—Eso ya lo sé. ¿De verdad pensaste que hablaba de ti cuando confesé que me asusta ver escapar lo que deseo? —Después de haberle arrojado aquel baldazo de agua fría, se alejó, evitando que lo tocara—. Mi querida Chrystal, tú eres sin duda una mujer muy atractiva y sensual, me imagino que también muy buena en la cama, pero la suerte que he tenido esta noche no me interesa lo más mínimo. —Alzó la mano y rozó con el pulgar las yemas de los dedos índice y corazón, como si comprobara la textura de algo invisible.

—¿Lo sientes?

—¿Qué?

—Exacto. Entre nosotros falta ese "algo" sin el cual un polvo es solo un polvo más. Francamente, estoy harto de follar por follar, prefiero que sea menos frecuente, pero más satisfactorio.

—Joder... —Ella lo pensó un momento, luego negó con la cabeza y cogió el vaso que había dejado en la mesita. Lo vació de un trago. El ardor que le recorrió la garganta le hizo apretar los ojos, pero volvió a abrirlos enseguida. —Es realmente odioso, porque, además de tener delante a un arrogante hijo de puta, entendiendo perfectamente a lo que te refieres.

Él se metió ambas manos en los bolsillos, dando otro paso atrás.

—Sin rencores, ¿entonces?

Ella rió, despegando el dedo índice del vaso para apuntarlo hacia él.

—Por supuesto que no: ¡te odiaré por el resto de mis días, Mr. Baker!

Si él hubiera retrocedido aún más, bajando los tres escalones para marcharse, probablemente me habría visto. Me entró el pánico y empecé a gatear por la hierba con los zapatos aún en la mano, perdiéndome cualquier otra cosa que se estuvieran diciendo.

Solo cuando llegué a la arena, pasé por debajo del cordón que delimitaba el jardín y me puse de pie, volví a caminar por la zona neutra de la pasarela como si nada. Continué por aquel camino hasta llegar a la playa: un paseo por la orilla del mar era justo lo que necesitaba.

Me sentía inquieta. Esa escena me había dejado totalmente descolocada, más de lo que era plausible. Era una tonta, lo sabía, porque me había empeñado en ese hombre insensible, mucho mayor que yo, cuando podría haber puesto mis ojos en algún surfista atractivo.

Mientras caminaba, con la intención de calmarme, pasé frente a una parejita muy romántica, dos jóvenes sentados en la orilla, besándose y mirando la luna. Les saludé con un gesto; parecían tan serenos y felices que me prometí a mí misma hacer todo lo posible para tener yo también todo eso algún día.

En ese momento no estaba lista para comprometerme, ni siquiera para pensar en algo serio. Solo quería disfrutar, conocerme a mí misma y vivir una vida libre. Pero algún día, sí... quería vivir ese amor, el verdadero. Y haría realidad mis sueños.

Al regresar al resort, decidí que no me apetecía irme a la cama aún, así que me dirigí al bar.

Pasé junto a una de las dos piscinas, la más pequeña, de contornos suaves e irregulares. Zigzagueé entre los acogedores saloncitos blancos y en tonos melange, y me adentré bajo la gran estructura hexagonal que albergaba el salón, con una música relajada de fondo. En su centro imperaba la gran barra, rodeada de mesitas de teca, cada una iluminada con una pequeña lámpara con una vela.

Debería haberme puesto los zapatos, pero ya era tarde, nadie prestaría mucha atención. Además, llevarlos en la mano podría sugerir, con razón, que estaba fuera de servicio.

Por precaución, evité mirar a mi alrededor, ignorando a los pocos clientes presentes en ese vasto espacio. Manteniendo la cabeza gacha, me dirigí hacia un taburete en el rincón más apartado de la barra.

Nick, el barman del turno nocturno, me vio enseguida y vino a saludarme.

—¡Eh, Cassie! ¿Todo bien en el salón?

—Como siempre. —Dejé caer mis zapatos al suelo y apoyé los antebrazos en la barra.

Él inclinó la cabeza, observándome.

—No parece tu cara de siempre... —Tenía veintisiete años, un corte de cabello horrible que él pensaba que era genial, y una intuición formidable.

—Solo estoy cansada. —Apoyé los pies descalzos en el travesaño del taburete y crucé las piernas. Mi tobillo derecho comenzó a girar de un lado a otro.

Como empleada tenía derecho a una copa gratis al día en el bar de la piscina. No solía aprovecharlo, pero esa noche era la indicada para hacerlo.

—¿Me preparas algo con naranja, un poco de alcohol, pero no mucho? No me pongas un litro, por favor, algo pequeño, ¿eh? ... ¿Te estoy pidiendo demasiado?

—Nunca es demasiado para ti —me hizo la pelota, como siempre. Además de ser animador, era también un adulador—. Yo me ocupo —me guiñó un ojo y puso de inmediato manos a la obra.

La barra era tan extensa que tuvo que alejarse para preparar mi bebida, lo que me hizo sospechar que todas las noches caminaba tantos kilómetros como nosotras, las pobres camareras.

En efecto, ni bien dejó frente a mí un vaso bajo, adornado con una rodaja de naranja, y lleno de un líquido con aroma a cítricos, una mujer se acercó por el lado opuesto de la barra, obligándolo a cruzarla de punta a punta.

Me quedé sola, como en el fondo deseaba, bebiendo mi copa. Un cóctel realmente excelente, que confirmaba lo que se decía de él sobre su notable talento para acertar con los gustos de la gente.

Cada sorbo, una pregunta.

¿Se habrá quedado con ella? ¿O habrá regresado a la cabaña 101? ¿Cómo es que, a pesar de haber descubierto sus defectos y la vulgaridad oculta tras sus aires de gran señor, no consigo quitármelo de la cabeza?

Mr. Baker estaba tan presente en mi mente que me parecía incluso seguir percibiendo un leve rastro de su perfume.

Nick, concentrado en completar los pedidos que había traído la nueva camarera, leyó una comanda y me dedicó una sonrisa extraña. Luego cogió un vaso, lo lanzó al aire haciéndolo girar, y preparó la bebida solicitada.

La camarera cargó todo en la bandeja, excepto aquella copa.

Él la cogió y vino personalmente a ponerla frente a mí.

—Una cortesía, *amablemente* enviada por el hombre de la mesa de allí —dijo.

No necesité girarme para ver de quién se trataba... el Mai Tai ya decía todo lo que necesitaba saber.

Los dedos de mi pie izquierdo resbalaron de la silla, haciendo que la extremidad descalza golpeara el suelo.

Mi mente se nubló, y un extraño calor subió por mi cuello. Él estaba allí y me estaba invitando una bebida... a mí. *"Amablemente..."*

Nick se rió de mi reacción.

—¿No vas a girarte para ver quién te lo manda?

—Sé quién es —murmuré, aunque en realidad no había nadie lo suficientemente cerca como para oírnos—. ¿Qué hace? ¿Está mirando?

—Oh sí. Te mira fijamente. Y fuma. —Nick parecía divertirse como una vieja tía cotilla—. Un cliente, ¿eh? Parece uno de esos tíos que puedes

encontrar en la portada de Forbes: rico y atractivo. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta?

—Más o menos, creo. —Clavé el codo en la barra y me puse los dedos en la sien para evitar mirar hacia su lado—. Dios mío, ¿qué hago?

—¿Tengo que explicarte cómo funciona? — Extendió los brazos, apoyándose en la barra—. Si quieres quitártelo de encima, yo me encargo. Si no, podrías cogerte un día libre; él te lleva a la ciudad y te hace un buen regalo, yo qué sé, tal vez una cadenita de oro Por la noche te invita a cenar, después te lo llevas a la cama y y ahí termina todo: solo sexo, tú feliz y él feliz. Fíate de mí, solo busca un polvo.

Si ese hubiera sido el caso, Mr. Baker ya habría cumplido su propósito con creces, quedándose en la cabaña 213.

Quizás, al invitarme una bebida, solo quería ser amable, ya que durante la noche no lo había sido mucho. Pero en ese caso, no me habría enviado un Mai Tai. No, eso no era ni cortesía ni interés, era una provocación.

—No sé qué es lo que está buscando, pero no es solo un polvo.

—¿Qué, entonces?

Comencé a hacer bailar mi pierna.

—No lo sé.

—Se está levantando.

—¿Qué? —dije con brusquedad, poniéndome rígida. Tenía que reaccionar, al menos hacerle una seña antes de que se marchara, aunque fuera por educación. Pero aún no sabía si aceptar o no el Mai Tai. Ni siquiera me apetecía un Mai Tai, maldita sea—. ¿Se va ya?

Nick solo puso los ojos en blanco y miró por encima de mi hombro.

—Viene hacia aquí.

—¡Ay, Dios mío! —Agarré el vaso con mi bebida con ambas manos, solo para aferrarme a algo.

—Yo me voy.

—No, qué haces, no me dejes sola... —grazné en voz baja, mientras él me guiñaba un ojo.

—No lo olvides, un bonito regalito de oro, Cassie —se rió, escabulléndose.

—¿Por quién me has tomado? —chillé en voz baja—. ¡Nick! Vuelve aquí... ¡Nick!

Luego una ráfaga de cedro y almizcle, de bosque oscuro y profundo, llegó a mí anticipando que el hombre que atormentaba mi mente se acercaba. Cerré los ojos y me dejé llevar por el vértigo.

—Perfecto. —Mr. Baker se sentó a un taburete de distancia—. Yo me acercó a por un whisky y él se marcha.

Encogí los dedos del pie descalzo y me aclaré la voz.

—Gracias por el Mai Tai. —Me obligué a despegar los ojos del vaso para observarlo. Me ofrecía su perfil, con una postura relajada, pero firme—. ¿Puedo preguntarle por qué me lo envió?

Él ni siquiera me miró. Prefirió examinar las botellas en los estantes detrás de la barra.

—¿Te gustan las cosas dulces, Cassie?

Su actitud despertó en mí esa pequeña, estúpida vena de irritación que solía sacarme de quicio. Esa misma vena que me hacía querer abofetearlo y besarlo al mismo tiempo. Y, sobre todo, que me hacía suspirar.

—Me gustan las cosas directas, como a usted —respondí, adaptándome a su manera de hablar—. Por eso me gustaría saber por qué me ha invitado esta copa.

—¿Tú qué crees?

Dejé escapar un suspiro más profundo.

—No lo sé.

—Venga, estoy seguro de que puedes llegar a comprenderlo.

—Lo hizo para provocarme. —Bebí un sorbo de mi vaso, antes de aventurarme con la segunda hipótesis, la más descabellada—. O porque quiere algo de mí, lo mismo que Miss Douglas quería de usted.

—Lo que quiero ahora es un trago de la botella que está allá. —Señaló la botella de Caol Ila, el mismo whisky que le ofreció Miss Douglas, del cual nos separaban solo un par de metros y una barra.

Empujé el Mai Tai hacia él.

—¿Por qué no prueba esto?

—¿Qué es? ¿Una forma educada de rechazarlo y devolverlo al remitente?

Hubiera sido lo correcto, después de haberlo visto con Miss Douglas.

—Aún no lo he decidido. —La idea de rechazar su invitación, y por ende a él, me parecía el paso más difícil que podría dar. Quería tenerlo allí, conversando conmigo de esa manera estimulante, a ratos fácil y a ratos difícil.

Moví el tobillo en círculos para liberar la tensión, atrayendo sin querer su mirada hacia él.

—Solo le estoy ofreciendo una probada de lo que usted me ha invitado a mí.

—Ah, si... una probada. —Sonrió para sí mismo, como si hubiera dicho algo divertido, y acercó el cóctel hacia él.

—Conozco su sabor, ya he bebido suficientes cuando era más joven. —Agitó la pajita, removiéndolo—. ¿Y tú?

Eran pocos los cócteles que había probado.

—Cuando era más joven bebía zumo de naranja. —Porque cuando era más joven solo era una niña. Estaba muy lejos de tener su experiencia.

—Cuarenta y uno.

—¿Se ha bebido cuarenta y uno? —Seguí los lentos movimientos de su muñeca, mientras la hacía girar. La manga se había subido un poco, dejando entrever un importante reloj color acero, en parte satinado y en parte brillante. Su mano era tan elegante en sus proporciones, sus movimientos tan fluidos... con Miss Douglas había sido mucho más rudo.

—Es mi edad. Supongo que te lo estarías preguntando, ya que tu comentario parecía intentar señalar lo joven que eres en comparación conmigo.

—No quería decir que usted sea viejo.

—¡Faltaría más!

En ese momento, me habría venido bien la elocuencia de Nick, pero él estaba al otro lado de la barra, ignorándonos a propósito.

—En fin, lo que quería decir es que no tengo mucha experiencia con los cócteles.

—¿Solo en materia de cócteles? —me provocó con malicia.

Sentí que me subía el color a las mejillas, imaginando todo lo que podría enseñarme.

—No solo... —admití en voz tan baja que esperé que no me hubiera oído. Aunque me sentía locamente atraída por él, tenía miedo de cómo podría tratarme, miedo de que me hiciera daño. Un miedo que paradójicamente aumentaba mi deseo en lugar de disminuirlo.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Él, en cambio, sí.

—Ven aquí. —Se giró hacia mí y dobló el dedo, invitándome con un gesto sencillo y definitivo, que no daba lugar a malos entendidos.

Bajé deslizándome del taburete, cautivada por sus dedos. Rodeé el asiento que nos separaba y me acerqué descalza, sumergiéndome aún más en el halo de su fragancia. A menos de un paso de él, me apoyé con la mano en la barra.

Mr. Baker retiró la ramita de menta y la rodaja de lima del Mai Tai. Lo puso entre nosotros.

—Bebe —ordenó.

Observé desconfiada los dedos con los que me ofrecía la pajilla.

—Me lavé las manos —me aseguró, aunque no podía saber de qué temía que estuvieran sucias sus manos—. Vamos, bebe.

Lo adoré, lo detesté, y me ordené a mí misma no obedecer, no dejarme engañar por un hombre que creía poder tratarme como a un animalito al que impartir órdenes a su antojo. Mi mente luchaba, orgullosa, pero mi cuerpo iba

en una dirección completamente diferente: mis rodillas se aflojaban y mi piel hormigueaba por el deseo de contacto.

Estiré el cuello, hasta tomar entre mis labios la pajita que me ofrecía. Lo observé por debajo de las pestañas.

—Chupa, *como una buena chica* —me instó.

Ese *"como una buena chica"* me hizo tragar incluso antes de que el líquido llegara a mi boca. Cuando brotó de la pajita, el sabor frutado y alcohólico inundó mis papilas gustativas, cubriendo el gusto del cóctel anterior.

Respiré por la nariz y me mantuve pegada a la pajilla.

Él abrió las piernas, atrayendo lentamente el vaso hacia sí. Estirar el cuello no fue suficiente, tuve que dar dos pequeños pasos hacia delante, adentrándome en su espacio personal, donde sentí sus rodillas rozar mis caderas.

El alcohol que estaba bebiendo me dio una sensación de ligereza, la cabeza se me fue, flotando entre las notas del ron y el perfume de ese hombre.

—Sí, chupa —susurró.

Sorbí, tragué. Mi mano dejó la barra, posándose en su muslo: la carne suave estaba caliente bajo la tela, el músculo duro como el hierro. Y yo cada vez más derretida.

Con medio vaso ya bebido y apenas consciente de mis actos, separé los labios. La boca ligeramente abierta, la respiración entrecortada por la bebida y por la cercanía de Mr. Baker.

—¿Qué tal sabe? ¿Está bueno? —me preguntó.

—Sí... —Habría respondido "sí" sin importar cuál hubiera sido la pregunta, mientras levantaba la mirada y me perdía en sus ojos verde pantano, quedándome atrapada en ellos.

—Deja un agradable retrogusto a lima —añadí, para expresar algo más elaborado.

—Probémoslo, entonces.

Esperaba que tomara la pajita entre sus labios y me entusiasmaba la idea de que los pusiera donde habían estado los míos, pero él fue más allá. Abandonó el vaso en la barra y deslizó una mano en mi nuca, atrayéndome hacia él.

Abrí los ojos como platos, atónita y completamente desprevenida.

Su boca se posó en la mía y mi corazón palpitó enloquecido: me estaba besando. A mí. No a la espléndida Miss Douglas, que se le había ofrecido con su exhuberante sensualidad, sino a mí, la joven y modesta camarera.

Me sostuve con fuerza por la emoción, apretando mis manos en sus muslos, justo por encima de las rodillas, mientras él se empujaba hacia delante con audacia. Su lengua traspasó mis labios, probó sus contornos, llevándome a

abrirlos más y dejándola entrar, hasta acariciar la mía. Fue un encastre perfecto que culminó con un breve contacto profundo, del que se retiró, casi despegándose, solo para arrancarme un gemido apenas audible, que lo hizo sonreír y le dio el impulso para lanzarse con aún más intensidad.

Mr. Baker prolongó aquel beso elaborado, sujetándome la cabeza y superando todas mis expectativas. Esperaba que estuviéramos lo bastante apartados como para no llamar la atención, porque él se estaba pasando de la raya. Pero diablos, qué bien lo hacía... Sin duda alguna, ninguno de los chicos con los que había salido había utilizado mi boca o a mí de esa manera.

Finalmente cerró los ojos durante el breve momento en que se contuvo, acariciando mis labios con los suyos, con delicadeza, antes de alejarse echando la cabeza hacia atrás.

—Endiabladamente dulce —declaró con desenvoltura—, con una fugaz nota ácida que habría que profundizar. —Miró mis manos, los dedos aún cerrados como garras en sus muslos, blanquecinos por la fuerza con la que estaba apretando.

Las retiré rápidamente, intentando retroceder. Él cerró sus muslos justo a tiempo, aprisionándome entre sus rodillas. Podría haber sido más decidida al intentar zafarme, pero temía que Mr. Baker no me detendría.

—¿Era esto lo que esperabas ver, Cassie? —dijo, sacando la pitillera de plata del pequeño bolsillo de la chaqueta, como si nada.

—¿Ver...? —Parpadeé, lista para ignorar cualquier provocación, para cerrar los ojos y perderme de nuevo en su boca. Tal vez entre sus brazos.

—Esta noche, escondida entre los arbustos como un animalillo salvaje espiando lo que no te incumbe —me reprendió, y su rostro se volvió severo —. ¿El espectáculo fue de tu agrado?

—...¿Qué?

Después de ese beso apasionado, su acusación me despertó de golpe, como un jarro de agua fría: él sabía que había estado allí. Lo sabía desde antes de invitarme el Mai Tai y desde antes de besarme.

—Yo... —meneé las caderas que tenía atrapadas—. Quizás se confundió, me tomó por otra persona. O por otra cosa: hay muchas iguanas sueltas por estos jardines —traté de defenderme, débilmente.

—Debía ser una iguana bastante grande y patosa —se burló de mí, encendiendo un cigarrillo con un pequeño mechero plateado. Aspiró, haciendo que la brasa se pusiera incandescente, y exhaló el humo tibio al final de un suspiro—. ¿De verdad? ¿Una iguana? ¿Es todo lo que tienes que decir?

Mi vergüenza se disparó. Sin saber dónde poner las manos para evitar tocarlo, las junté entre mis pechos.

Dios, ahora sabía que no era una chica sobria y pura, el tipo que me había confesado preferir. Evité su mirada por la vergüenza, bajando la mía, y le dije lo que imaginaba que quería oír.

—Me disculpo.

—¿Por qué y con quién te disculpas? Sé más explícita —exigió.

Si lo informaba a la gerencia, podría haberme metido en problemas, sentar un precedente y convertirme en objeto de una atención no deseada que me habría puesto en aprietos. Nadie prestaba atención a cómo me movía por el resort, y era mejor que las cosas siguieran así. Por eso, intenté esforzarme al máximo para que todo continuara tal y como estaba.

—Le pido disculpas por haberlo espiado, Mr. Baker.

—Eso está mejor. No tienes precisamente un tono arrepentido, pero me conformaré con el esfuerzo. —Se estiró para coger un cenicero, la torsión le relajó las piernas y yo aproveché para escabullirme.

—¿Supo todo el tiempo que yo estaba allí? —Incluso sabiéndolo, había continuado como si no estuviera. O bien había actuado en función de mi presencia... una hipótesis peor que la otra.

—Me encantaría poder jactarme de ser un hombre tan atento, pero lo cierto es que te vi escabullirte sólo al final. Por lo demás, estaba distraído: no pensé que fueras una fisgona ni tampoco una criaturita tan furtiva.

Mis pecados iban mucho más allá de ser una fisgona, pero aquel apelativo no me gustaba, no quería que se asociara a mí.

—Y yo no pensé que fuera capaz de tales vulgaridades —se me escapó.

—Ah, parece que tenemos aquí a una chica recatada y decente. Y dime: ¿espías a todo el mundo, o soy un privilegiado?

Había espiado a otras personas, pero con un propósito completamente diferente. Y esa conversación amenazaba con tomar un rumbo peligroso. Él era demasiado perspicaz, hábil para detectar dónde podía haber algo turbio, incitándome a confesar mis pecados.

—¿Y usted besa a todo el mundo de esta manera, o soy una privilegiada? —le devolví la pelota.

—Es de mala educación responder a una pregunta con otra. De todos modos, creo que conoces la respuesta, si tienes buen oído.—Se refería al momento en que le había negado el beso a Miss Douglas.

—Chrystal no sabía inclinar la cabeza de esta manera tan deliciosa que tienes tú.

—¿Es esto lo que quiere de mí? —Bajando la mirada con frecuencia, había notado inevitablemente el abultamiento de la tela de sus pantalones a la altura

de la ingle, más elocuente que cualquier palabra—. ¿Es esto lo que lo... excita? —murmuré con la voz ronca.

—Lo que me excita, ahora, es cómo me estás mirando la polla —sentenció sin piedad, permaneciendo inmóvil, con las piernas semiabiertas y el miembro hinchado.

—Será mejor que te detengas, antes de que me causes serios problemas para regresar a mi cabaña.

Esa jerga, en su boca y dirigida a mí, tensó unos hilos en mi vientre, hilos que descubrí solo después de su aparición. Luché por levantar la vista de la protuberancia de aquel fruto prohibido. Estaba segura de que mis mejillas habían adquirido un color vivo y persistente, pero no me desanimé.

—Bueno, es difícil no notarlo. A decir verdad, es difícil que pase desapercibido en cualquier caso.

Él apoyó el codo en la barra, girando el cigarrillo entre el índice y el dedo medio.

—¿A qué te refieres?

Extendí los brazos, con las palmas hacia arriba.

—Lo sabe bien: su perfume, su ropa, sus ojos, la forma en que fuma o simplemente se sienta, como si todo el mundo debiera, es más, deseara, estar a sus pies.

El cigarrillo giró lentamente, con elegancia, el soplo de su boca fue ligero.

—¿Todo el mundo? O solo... tú.

Yo, solo yo. Ahora mismo, al instante, me arrodillaría a tus pies si tuviera que seguir lo que me haces sentir.

Pero nunca te lo diré, no te daré esa satisfacción.

Arrastré los pies descalzos por el suelo de madera, poniendo morritos.

—Usted se divierte demasiado mortificando a las personas y eso me da miedo.

Él aspiró una larga bocanada de humo.

—Y sin embargo, sigues aquí, dándome cuerda, porque hay en ti algo más fuerte que el miedo. —Me señaló con esos dos malditos dedos que sostenían el cigarrillo—. Eres más lista de lo que quieres dejar ver, te expresas de una forma particular, y no eres de aquí.

Entonces se había dado cuenta.

—Soy de Pensilvania. —El impulso de mostrarle mi valor me traicionó y me llevó a revelar detalles que podría haber guardado para mí—. Estudiante de derecho. —Un oxímoron, en mi caso.

—¿Y qué hace una estudiante de derecho de Pensilvania, en un resort vacacional, trabajando como camarera?

¡Ay, no quería ceder! La culpa era mía por haberle provocado.

Me encogí de hombros, restándole importancia al asunto.

—En primer lugar, pone en práctica sus estudios de lenguas extranjeras, en las que quizás ha comprobado que tiene más aptitudes. Luego, vive una experiencia diferente, lejos de casa. Y aprovecha para visitar...

—Huye —dedujo él, impidiéndome que desvíe la conversación.

—No, no huye. Solo... está tomando un descanso. —Levanté una mano a la defensiva y puse la otra en mi estómago tenso. Había una razón por la que me había marchado de Pensilvania, y no iba a permitir que me siguiera.

Él recorrió mi figura con la mirada, de arriba a abajo, y frunció el ceño.

—¿Qué escondes, niña? —masculló, estrechando los ojos para enfocar partes invisibles de mí.

Casi salté hacia atrás y acabé contra el taburete.

—Lo que tenía que ocultar ya lo ha descubierto, me temo. De verdad, lamento mucho haberlo espiado: permita que lo invite su whisky como disculpa. —Levanté el brazo, con la esperanza de que Nick captara mi pedido de auxilio. A esas alturas, ya había llegado a la conclusión de que, si se lo hubiera permitido, Mr. Baker no se habría contentado solo con desnudarme físicamente.

Me fascinaba la idea de experimentar la sumisión ante un hombre de su talla, pero él quería un nivel de control que escaparía por completo a mi voluntad. Por eso me batí en retirada como una gacela que divisa al león.

Agité la mano, esperando que Nick echara un vistazo hacia donde estábamos, mientras servía copa tras copa.

Mr. Baker aplastó su cigarrillo en el cenicero. Bajó de la silla y me inmovilizó el brazo contra la barra.

—Ofréceme algo mejor u olvídalo. —Fue categórico.

—Algo mejor... ¿cómo? — Me abracé a mí misma, encogiéndome en el taburete con el que había tropezado, con una pierna cruzada sobre la otra. Absurdo: después de haber deseado tanto su atención, ahora que la perspectiva de algo con él se volvía real, me estaba dando cuenta de que no estaba preparada en absoluto. En mis contadas experiencias, siempre había tenido primeras citas románticas con chicos de mi edad; caricias suaves, besos a la luz de la luna y un sexo sencillo, tradicional, después de varias salidas para conocernos. No sabía cómo abordar a ese vampiro de emociones.

—Está bien así, jovencita. —Sonrió con indolencia y sacudió el brazo, liberando su reloj para ver la hora. Lo había entendido todo—. Tengo una cita importante mañana a primera hora. Olvidémoslo, es mejor.

Me hizo sentir infinitamente pequeña, no solo por la edad, sino por lo que esperaba de mí, con una decepción tan inmensa que casi no podía tragarla. Creía que era una chica desenvuelta, pero mis inhibiciones se imponían con más fuerza que mi deseo de aventura.

¡La madre que me parió!

—Sí, quizás tenga razón —repliqué a regañadientes.

Bebió un sorbo de Mai Tai, luego atrapó mi tobillo entre sus dedos y, con un tirón, me apartó la pierna de la rodilla para acercarse aún más. Con un gesto decidido, me sostuvo por los hombros y me dio un beso tierno en la boca.

Traté de alcanzarlo, sujetándome a la barra para no perder el equilibrio, pero él se echó hacia atrás.

—Deja de jugar con fuego, niña —me regañó.

Al ver mi expresión, colocó dos dedos en las comisuras de mi boca, abriéndola suavemente para ensanchar mi sonrisa.

—Tranquila, no ha pasado nada. —Me consoló con un apretón en la mano que descansaba en el regazo, seguida de una palmada amable.

—Buenas noches, Cassie.

Sacó las llaves de la cabaña 101 y se alejó, haciéndolas girar en su dedo índice.

Lo observé pasar entre las mesas con zancadas seguras, hasta que el negro de su traje se confundió con la oscuridad del sendero que había tomado.

—Buenas noches, Mr. Baker —murmuré, mientras su perfume se desvanecía, dejándome sola, pero de alguna forma, reconfortada por la idea de que nada realmente irreversible había ocurrido.

Capítulo 3



A la mañana siguiente, Mr. Baker salió antes de que se sirviera el desayuno. Pasó gran parte del día fuera, y por la noche solo tuve que servir su mesa una vez. Ambos nos comportamos como si nada hubiera pasado, aunque por dentro ardía de ganas de que me provocara de nuevo, al menos con palabras.

"No juegues con fuego", me repetía mentalmente, para obligarme a mantener la distancia.

En cambio, Miss Douglas parecía haberse consolado rápidamente y de manera ejemplar, a bordo de un yate anclado en la bahía. El dueño de la embarcación vino a recogerla junto a sus amigas y ella fue la única que no apareció en el desayuno del día siguiente.

También a mí me habría resultado más sencillo olvidarlo y pasar página si tan solo él se hubiera marchado. Percibir su perfume y tener que verlo en la sala o paseando por el resort, no ayudaba en lo más mínimo. Además, saber que había alguien por ahí capaz de fijarse en mí y tenerme vigilada me hacía sentir inquieta.

Unas noches después, su mesa permaneció vacía, lo que me permitió servir la cena sin el desbarajuste interior que me causaban sus ojos sobre mí. Estaba bastante tranquila, cuando lo vi pasar por el sendero que rodeaba la pérgola de la terraza.

Me detuve con la bandeja en las manos.

Su cabello estaba húmedo, recién salido de la ducha, los zapatos lustrosos, y el traje más ajustado que de costumbre, resaltaba su silueta. Sonrió con el teléfono en la oreja, girándose mientras hablaba: llevaba la camisa abierta unos cuatro o cinco botones, una exageración que dejaba a la vista una tentadora porción de pecho desnudo, algo que podía dejarme sin aliento con solo mirarlo.

Me identificó al instante, deteniéndose en mí; su sonrisa se apagó y su mirada se ensombreció.

No juegues con fuego, Cassie...

Desvié rápidamente mi atención, dirigiéndome a la mesa que debía atender. Serví tres risottos de pescado humeantes y, cuando levanté la vista, él ya no estaba.

Va a ver a una mujer, pensé, envidiándola muchísimo.

Al volver a la barra para cargar la bandeja con más platos, Haley se acercó a mí. Habíamos quedado en que le dejaría la habitación libre un par de horas esa noche para que pudiera pasarlas con Ohanko, un joven taxista caimanés que trabajaba para el Caribbean Bay y que había conquistado el corazón de Haley en su primera cita.

Su bandeja cayó sobre la barra con un estruendo sonoro. Haley bufó, inflando las mejillas.

—Eh —me preocupé— para ser alguien que está a punto de echarse un buen polvo, no me pareces muy feliz.

—Se ha fastidiado todo —replicó, con la decepción reflejada en su rostro —. Paul se intoxicó con la comida y Ohanko tuvo que llevar al guaperas a la ciudad.

—¿El guaperas?

—Sí, vamos, ese tipo atractivo, siempre tan bien arreglado... Mr. Baker.

La puerta vaivén de la cocina se abrió de par en par y el *sous chef* dejó los platos en la barra. Al ver que ya estábamos allí, evitó tocar el timbre.

Cargué otro risotto, intentando disimular lo mucho que ese nombre había hecho que me pusiera alerta.

—¿Pero Mr. Baker no se mueve con un coche deportivo de alquiler?

—Querrá irse de juerga y pillar una buena cogorza, porque le ha pedido a Ohanko que fuera a recogerlo a las dos de la mañana.. —Haley cogió dos pollos Jerk y se giró refunfuñando—. ¿El señorito se va de fiesta y quién se fastidia? ¡Una servidora! —canturreó con ironía.

Sonreí, sabiendo que la cosa no era grave, mientras retomaba mi trabajo y una idea absurda se asomaba en mi mente.

Había renunciado a lo que podría haber habido entre Mr. Baker y yo incluso antes de verlo salir esa noche. Saber que pronto estaría en brazos de quién sabe qué otra mujer no hacía más que consolidar mi decisión de apartarme. Por otro lado, mi obsesión por él seguía más viva que nunca.

No necesitaba mucho, me bastaría una ilusión, algo efímero que pudiera arrebatar y guardar solo para mí. Por eso, acabada la cena de los huéspedes, me salté la comida para las camareras y me dirigí directamente a la lavandería.

Cogí un juego completo de toallas limpias y me acerqué al panel de ganchos que colgaba de la pared: ahí estaba, entre varias otras, la llave que, como por arte de magia, abría las puertas de todo el resort. La llave maestra.

La saqué y la encerré en mi puño, dejando escapar una sonrisa traviesa que me hizo arrugar la nariz. Luego caminé con la cabeza bien alta, intentando ocultar con disimulo la excitación de una niña traviesa, porque, en el fondo, lo era: de verdad, muy traviesa.

***

Mis tareas, además de servir en la mesa, podían incluir el servicio de habitaciones, o el atender otras pequeñas necesidades de los huéspedes, como llevar toallas limpias a la habitación. Por eso nadie se extrañaría de verme entrar en una cabaña con una pila de toallas en plena noche. Por la mañana, las mujeres del aseo se habrían encargado de proporcionarlas, pero las personas asquerosamente ricas amaban tener al servicio a su entera disposición y amaban hacer los pedidos más absurdos en los horarios más impensados. Así que no había nada de qué sorprenderse si estaba tomando el sendero que conducía a la cabaña 101 del ala 1.

Enclavada entre la vegetación tropical, era una cabaña que se alzaba como las demás, con un pequeño patio delantero y una íntima terraza trasera. Subí los escalones, deslicé la llave maestra en la cerradura y empujé ligeramente la puerta corredera de cristal, que se abrió sin hacer ruido. Sabía exactamente cómo moverme: encendí las lámparas de mesa con el interruptor de la pared, antes de cerrar la puerta a mis espaldas y correr la cortina por seguridad: estaba dentro.

Temblé de excitación.

Dios del cielo, era realmente su cabaña: podía percibir un ligero rastro de su perfume, tras el aroma predominante de la madera utilizada para el techo y los

suelos. Vigas naturales para el alto techo a dos aguas y un parquet brillante, muy claro, que difundían un aroma que gritaba bienestar.

El ambiente, un espacio abierto compuesto por una antesala que daba al salón, seguido por la habitación propiamente dicha, era espectacular. Jugaba con varias tonalidades de blanco y beige, con raros acabados en color acero bruñido que le conferían un toque de sofisticación.

Todo parecía estar en perfecto orden, tal como las camareras lo habían dejado; las huellas de Mr. Baker, el objetivo de mi intrusión, reducidas al mínimo.

Vi el ordenador cerrado en la mesita, junto con algunos papeles sueltos y folletos de resorts, incluido el del Caribbean Bay Cove. Había amontonado todos los cojines a un lado y dejado los zapatos al pie del sofá donde debía haberse tumbado.

Dejé las toallas para poder acariciar el asiento, imaginando cómo sería el impecable Mr. Baker cuando perdía su compostura. Con esfuerzo, me lo figuré desaliñado, abandonado en una pose lasciva.

Su Montblanc plateada me tentó: la cogí y la accioné varias veces, antes de decidir volver a ponerla en su sitio, tal como la había encontrado, para poder continuar con lo que realmente me interesaba. Una habitación amueblada con lo básico, separada del salón por tres grandes escalones que recorrían toda la estancia, alineados con la cama king size, que se encontraba contra la pared izquierda.

Una brisa apenas perceptible circulaba por esa parte de la cabaña, filtrándose a través de las ventanas y de la puerta corredera al fondo, agitando ligeramente las cortinas color marfil y manteniendo la estancia fresca. Al igual que muchos otros huéspedes, Mr. Baker había preferido este método al aire acondicionado.

Abrí el cajón de su mesa de noche. Encontré un cargador junto a un libro de poesías ya algo desgastado por la lectura repetida. El olor que desprendió el susurro de las páginas me dio la impresión de papel antiguo, empezando a amarillear: más una reliquia que un libro para leer. Dentro encontré una postal de Hong Kong de un par de años atrás.

"Tenías razón: irme fue la decisión más sensata.

Aquí todo es más fácil sin ti.

Y sin embargo, sigo amándote.

Eveline"

Debió haber sido una persona importante para él. Quién sabe si había correspondido ese amor, antes de alejarse de esa mujer.

Volví a guardar todo en la mesita de noche para ir a cotillear en la cómoda. En el primer cajón me encontré con una pila de bóxers negros, calcetines y cuatro pañuelos de tela, uno de ellos más grande, también con sus iniciales bordadas "W.B."

Al verlos, se me escapó un pequeño suspiro ansioso. Me mordí el labio, cogí unos bóxers que me llevé a la nariz. Como estaban recién lavados, solo olían a detergente, pero aun así los toqué unos instantes más, pensando que al día siguiente estarían en contacto con su parte más íntima, a la que nunca podría acercarme tanto.

La excitación aumentó, mi corazoncito dio un vuelco, dos vocecitas dentro de mí empezaron a discutir.

¡Hazlo!

¡No puedo! replicaba la otra.

Ni siquiera lo notará. ¡Hazlo!

Hasta que cedí. Volví a dejar los bóxers para tomar algo menos íntimo; la elección recayó en un pañuelo. Rápida como una ladrona, me lo metí en la cintura, debajo de la camisa, para poder esconderlo y llevármelo sin que se notara.

Algo suyo, todo para mí.

Había alcanzado el objetivo principal, podría haberme ido. Pero, considerando que Ohanko traería de regreso a Mr. Baker a las dos, habría sido una pena no aprovechar otro poco para disfrutar de todo lo que esa habitación podía ofrecer.

Acaricié las sábanas de la cama perfectamente tendida, estimulada por la idea de que al día siguiente podría cruzarme con Mr. Baker, servirle el desayuno o la cena, y él nunca sabría nada de mi intrusión en su vida privada. Solo tenía que poner todo en su lugar. O casi todo.

Mi siguiente destino fue la camisa abandonada en el sillón. Tuve la suerte de que la hubiera usado y aún oliera a él, a su perfume. Hundí la cara en la tela, intentando revivir las mismas sensaciones que me provocaba su cercanía; cada vez, una seducción inconsciente.

Drogada por el aroma masculino, me moví hacia la luz tenue de la lámpara, con pasos de baile, abrazando la camisa como si estuviera viva. Luego la extendí con cuidado sobre la cama, del lado donde imaginaba que dormía. Debajo coloqué un par de pantalones claros que encontré en el armario empotrado. En cuanto a la cabeza, la parte esencial, no podía hacer nada; quité dos almohadas y coloqué la tercera en la parte superior de la figura imaginaria, pero seguía estando vacía.

Entonces vi un cabello, solo e impávido, de unos cuatro centímetros de largo, que se alzaba de la funda de la almohada intentando rizarse. Era suyo, sin lugar a dudas.

Lo cogí entre el índice y el pulgar, casi sin tocarlo, sonriendo de alegría: podría llevármelo y nadie podría acusarme de este segundo hurto. Entonces me desabroché la blusa del uniforme y lo empujé con el dedo bajo el encaje del sujetador.

Se me ocurrió que sería bonito dejar a mi vez un souvenir que no pudiera identificarme. Así que cerré la mano alrededor de mi coleta y arranqué un cabello, provocándome un estremecimiento a lo largo de la columna.

Lo enrollé en un dedo y lo guardé entre las páginas del libro de poesías, un poco más adelante de la postal, con la idea de que algún día Mr. Baker lo encontraría, preguntándose cómo había llegado allí y de quién podría ser... De alguna manera, pensaría en mí sin llegar a reconocerme.

Volví a cerrar el cajón y me senté en el borde del colchón. Deslicé los dedos sobre los pantalones, marcando su contorno, y subí con el índice tenso por el cuello de la camisa, donde debería haber estado su pecho. Me habría apetecido desnudarme, ponerme esas prendas y restregármelas por el cuerpo de lo mucho que crecía la necesidad de algo tangible que tocar y poseer. En cambio, intenté quitarme los zapatos y tumbarme encima, suspirando por la incapacidad de encontrar satisfacción.

Me arrodillé. La falda tubo del uniforme tenía solamente un pequeño tajo en la parte trasera, por lo que tuve que recogerla en mis puños y levantarla sobre mis caderas, para poder abrir las piernas y ponerme a horcajadas de los pantalones.

Simulé un movimiento sensual, restregándome contra la cremallera. Mi cabeza cayó hacia atrás, la mano me rodeó el cuello como soñaba que él haría, apretó apenas y descendió entre los senos erguidos, atrapando su forma turgente sobre la tela de encaje.

Mr. Baker... maullé en mi mente.

Cogí la camisa, la apreté contra mi pecho y dejé escapar un jadeo mientras empujaba las caderas. Una ráfaga de aire más fuerte agitó con mayor intensidad la cortina del ventanal abierto, a mi derecha, haciendo circular los agradables aromas del lugar.

Volví la mirada hacia ese lado: la luz de las lámparas en las mesillas de noche, por muy tenue que fuera, hacía que el exterior quedara completamente oscuro. Sin embargo, una diminuta lucecita amarilla-anaranjada brillaba a media altura, al otro lado de las cortinas semitransparentes, encendiéndose en rojo.

No lo entendía, ¿era acaso... la brasa de un cigarrillo?

El bajo de la cortina se levantó movido por el viento, dejando entrever dos piernas vestidas de negro, cruzadas la una sobre la otra. Alcancé a ver incluso el blanco de la camisa de un hombre sentado, mirando hacia el interior de la cabaña.

Se me escapó un sollozo y me tapé la boca.

No podía ser, a Mr. Baker lo habían llevado a la ciudad, ¿quién era ese sujeto?

La ráfaga de perfume que asaltó mis sentidos disipó cualquier duda: era él, nadie más que él.

Había estado allí todo el tiempo, observando mis movimientos, fumándose un cigarrillo. Y aún persistía en su inmovilidad y en su mutismo, haciendo su presencia tan absurda que podría haber sido una alucinación.

Salté de la cama y volví a tirar la ropa sobre la butaca, como una tonta desesperada que intentaba arreglar las cosas cuando ya me había visto y no podía hacer absolutamente nada.

—Detente —me ordenó, estirándose hacia un lado, tal vez para apagar el cigarrillo o para dejar el vaso cuyo brillo había alcanzado a ver. Luego se levantó.

¡Dios, no!

Había metido la pata hasta el fondo esta vez.

Me temblaban las manos mientras forcejeaba con los botones de mi camisa, mientras mis pies buscaban calzarse los zapatos arrastrándolos y aplastándole los talones.

Él apartó la cortina y entró: precisamente él, Mr. Baker en carne y hueso, nada de alucinaciones. Idéntico a como iba vestido aquella noche, infinitamente provocador, pero descalzo y con un aire contrariado.

Nuestras miradas se encontraron. Quedé paralizada, sintiendo que moría de vergüenza: prácticamente me había masturbado con su ropa.

Eché un vistazo a la puerta de salida, con un deseo desesperado de huir.

—No, no lo intentes —dijo, adelantándose con extrema lentitud—. ¿Adónde vas a escapar, además? Sé perfectamente quién eres.

—Usted había salido... —objeté, luchando contra la inevitable vergüenza.

—Sí, tenía planes para pasar una larga noche de diversión con un amigo, pero para tu mala suerte cambié de idea y decidí quedarme solo. Estaba convencido de que este era el lugar perfecto para hacerlo. —Abrió el cajón de la cómoda, revisando su interior, antes de continuar—: Hasta que vi a una pequeña intrusa hurgando entre mis cosas.

Aun estando cabreado, mantenía un control acojonante, capaz como nadie de ponerme en tensión y hacerme temblar por dentro, donde la cabeza ya no importaba. Solo importaban las entrañas que se retorcían, deseándolo, en vez de evitarlo como habría sido sano hacer.

Intentando recuperar la voz, señalé la pila de toallas que había dejado en el salón.

—He... venido a traer las toallas limpias. — Fue la genial excusa con la que me justifiqué, rezando a todos los santos para que pudiera fingir que me creía y lo dejara pasar. Pero Mr. Baker cerró el cajón de un golpe seco.

—No seas falsa, has venido a otra cosa. Primero me espías y luego esto, ¿qué se supone que tengo que pensar que pretendes?

Él avanzó, yo retrocedí.

—Lo siento... No volverá a ocurrir, lo prometo. Solo quería curiosear.

No jugues con fuego...

No juegues con fuego...

Bueno, no había jugado, más bien le había echado combustible.

—Menuda mala costumbre tienes de meter las narices en mis asuntos. Una costumbre que ya de por sí sería despreciable, pero tú no solo has husmeado, ¿verdad? —Su mirada se llenó de oscuros propósitos y se hundió en mi pecho, entre los senos expuestos por la camisa aún medio desabrochada, dando la impresión de un depredador a punto de atacar.

Cerré los extremos con una mano, negando con la cabeza con vigor.

—Sí... Quiero decir no, no quería...

—Sí que querías.

Mr. Baker se lanzó hacia adelante, yo retrocedí con un pequeño grito y, por un instante, perdí el equilibrio. Él me salvó de caer desde los escalones que delimitaban la habitación, sujetándome por el antebrazo. Me atrajo hacia él, dejándonos uno frente al otro. Cada célula de mi cuerpo gritaba alarmada, pero sus dedos presionando sobre mi piel, expuesta por las mangas cortas, actuaron como un bálsamo, sofocando mi impulso de escapar.

Al estar tan cerca, noté muchas cosas. Su cabello, al que había creído húmedo, en realidad tenía un producto que lo hacía lucir brillante, ligeramente despeinado. El trozo de pecho desnudo mostraba una fina capa de vello negro, más densa en la línea donde se unían los dos planos de los músculos. La barba, por su parte, era solo una sombra perfectamente delineada en sus mejillas.

Mr. Baker tiró de mi camisa, sacándola de la falda. Levantó un extremo, revelando el pañuelo oculto en mi cintura.

—¿Y esto?

Sus nudillos rozaron mi abdomen al tomar el trozo de tela que había intentado robar. Lo agitó frente a mis ojos.

—En este momento estoy extremadamente tentado de avisar a la gerencia que una ladrona está rondando por las habitaciones de los huéspedes. Y probablemente sea eso lo que haga.

—Se lo ruego —supliqué, colgada de su brazo. Me echarán si lo hace. Es solo un pañuelo... Nunca nunca habría cogido algo de valor. —La idea de tener que volver a Pensilvania y empezar de cero era una auténtica pesadilla. Estaba bien en el Caribbean Bay Cove, haría lo que fuera para salvar mi puesto de trabajo—. Estoy consternada y terriblemente avergonzada. Si puedo hacer algo para que me perdone, lo haré. Solamente dígame cómo puedo enmendarlo.

Él me levantó la barbilla usando el pañuelo.

—Podrías haber entrado en esta habitación conmigo hace dos días, pero no, tú preferiste colarte como una ladrona.

Tragué las lágrimas que sentía subir a mis ojos.

—Temía que usted pretendiera hacer lo que le diera la gana sin dejarme ni voz ni voto. Se habría desahogado conmigo como no lo había hecho con Miss Douglas.

—¿Por qué? ¿Qué crees que ocurrirá ahora? —respondió, cautivador y cruel.

Sentí las violentas pulsaciones de mi corazón bajo la mano con la que sujetaba los extremos de la camisa contra mi pecho.

—Usted me asusta.

—Bueno, me gusta mucho este miedo que te hace restregarte contra mi ropa como una gatita en celo. Si este es el resultado, quiero aterrorizarte, niña. Joder, sí que lo quiero. Te dí la chance de escaquearte, pero sigues buscando problemas, así que me la pela cuántos años tengas: abre la boca, ahora.

Desdobló el pañuelo y me lo metió a presión entre los labios. Al principio los apreté con fuerza, pero luego cedí, dejándolo entrar, hasta que me lo metió entero en la boca.

No tuve el valor de escupirlo.

—Escucha bien, esto es lo que va a pasar: a partir de ahora pagarás mi silencio cumpliendo todas mis peticiones. Cualquier cosa que te pida hacer o soportar, obedecerás sin rechistar, porque sabes que mereces ser castigada —dictó esa regla con un brillo astuto en los ojos—. Haz que sí con la cabeza si estás de acuerdo.

Mi boca estaba seca, me parecía estar cayendo, engullida por un vórtice de emociones. Mi orgullo decía no, la sangre que corría rápida en mi venas

susurraba que sí, y el miedo iba en ambas direcciones.

Tragué saliva y moví la cabeza negativamente. Su agarre firme en mi brazo parecía impedir que me rebelara de otra forma que no fuera ese simple gesto, y mis miembros se negaban a pelear. Fue él quien me soltó, levantando ambas manos en alto, en señal de rendición.

—Como tú quieras.

Se alejó con paso decidido, bajó los tres escalones y fue directo a la puerta.

Pérdida, abandono, traición, mis verdaderas heridas se despertaron de repente, junto con el nauseabundo rechazo a todo lo que habría sucedido si él hubiera salido por esa puerta.

Abrí bien los ojos y decidí sacar el pañuelo.

—¡No! —vociferé, impulsada por un arrebato repentino de autoconservación.

Mr. Baker se detuvo, girándose lentamente.

—Sé más clara: ¿qué es lo que quieres?

De todas las cosas que quería, tomó voz la equivocada, con una fuerza que eclipsó todo lo dicho antes.

—A ti. Solo a ti.

Cuánto le gustó aquella respuesta, tanto que comenzó a notarse una protuberancia a la altura de su ingle.

—¿Bajo mis condiciones? ¿Estás segura?

No lo estaba en absoluto. A pesar de eso, recogí el pañuelo de la alfombra y me lo volví a meter en la boca para demostrarle lo decidida que estaba.

La sonrisa de triunfo que mostró me dejó los miembros hechos gelatina: había conseguido exactamente lo que quería. Yo, en cambio, me sentía derrotada y deseosa, dos emociones que no deberían ir de la mano, porque la triste verdad era que un hombre más poderoso y mayor estaba a punto de aprovecharse de mí, usando el arma del chantaje.

Mordí el pañuelo y dos lágrimas se escaparon de mis ojos al verlo acercarse.

Agarró mi muñeca, la de la mano con la que sujetaba la camisa, y la apartó, haciendo que estirara el brazo.

Mi respiración se aceleró, entrando y saliendo con fuerza por la nariz, mientras apretaba los puños contra mis caderas.

—Tranquila —murmuró él—. Voy a hacer que te guste, nena. —Desabrochó los botones que quedaban de mi camisa, instruyéndome—. Solo tienes que dejarme hacer, inclinar tu preciosa cabecita y pensar que esto reparará tu culpa. Un pequeño sacrificio que lo arreglará todo.

Que fuera un pequeño sacrificio, tenía mis dudas, pero la idea de tener una oportunidad para arreglar las cosas me dio valor, mientras sentía cómo la

camisa se deslizaba de mis brazos y caía al suelo.

—Esto no lo necesitamos, por el momento. —Mr. Baker me quitó el pañuelo de la boca, tiró de él por un extremo, empleando para ello deliberadamente una eternidad—. Entrégame las braguitas.

Me quité el tanga blanco por debajo de la falda que me protegía de su mirada y lo deposité en la mano que me tendía. Él lo encerró en su palma, marcando su posesión, y luego lo arrojó detrás de sí, haciendo que acabara sobre la cómoda. Dobló el pañuelo y con él subió entre mis piernas.

El trozo desnudo de su pecho, con ese perfume y esa fina pelusilla, me rozó la cara. Aspiré, inhalándolo en silencio, y cerré los ojos tambaleándome un poco. El algodón marcado con sus iniciales se presionó contra mi sexo, su mano entre mis piernas restregó el pañuelo hacia adelante y hacia atrás.

Mr. Baker lo retiró y constató lo obscenamente húmedo que estaba por mis fluidos, pero no comentó nada. Podría haberlo usado para humillarme, pero pareció emplearlo con fines investigativos, como si solo hubiera realizado una prueba necesaria para decidir qué tipo de trato reservarme.

Agotada su utilidad, lo dobló por la mitad y lo arrojó también.

—Necesitas que te follen bien, niña. Sobre esto no hay dudas.

Su declaración me hizo temblar, mientras sus manos se deslizaban por mi espalda, acercándome aún más a él. Vi una vena palpitar en su cuello, desenmascarando su aparente impasibilidad: su corazón latía con la misma fuerza que el mío.

Deseando posar mis labios en aquella vena, estiré el cuello y llegué casi a apoyar la cabeza sobre su hombro, cuando abrió el corchete del sujetador, arrancándomelo del cuerpo de un tirón. También este salió volando y el cabello robado se perdió para siempre.

Mucho más alto que yo, Mr. Baker detuvo mi cabeza sobre su chaqueta, justo antes de que fuera a apoyarla dócilmente, y agarró mi coleta con ambas manos; con una me la sujetó, y con la otra me quitó la goma del pelo de un tirón.

—Mmh —gemí por los destellos de picazón en el cuero cabelludo.

—¿Ya protestas? — Una vez suelto mi pelo, lo llevó hacia delante, dividido en dos partes, cada una de las cuales llegó precisamente sobre mis pezones, estimulando mis botoncitos turgentes—. Lo sabía: eres un encanto.

Una mano se deslizó entre los mechones, a la altura de mi nuca, llevándome a sus labios. La otra envolvió mi pecho, apretando la puntita con el pulgar, al tiempo que presionaba su boca sobre la mía, y un aliento cálido con un toque ahumado le daba a su beso la intensidad masculina de un buen whisky.

Se desató un fuego en mis entrañas, el pecho moldeado con fuerza en su palma me transmitió fogonazos de placer.

En un impulso, me abalancé sobre Mr. Baker, agarrándolo de la cintura, embriagada por su boca, su perfume, su calor, su firmeza: por todo lo que era.

Ni siquiera el pinchazo fuerte en el pezón, estrujado sin piedad, me hizo desistir. Gemí, entregada a sus labios, y recorrí con los dedos su camisa para desabrocharla. Pero él me agarró las muñecas y las apartó de sí, alejando también su boca.

—No te precipites, pequeña granuja. Una cosa a la vez. —Sostuvo mi cuello y me empujó hacia atrás, hasta que mis pantorrillas chocaron contra el colchón.

—Siéntate. Primero quiero entender.

—¿Entender qué? —pregunté, tomando asiento en el borde de la cama, con cautela.

—La gravedad de tu comportamiento y, en consecuencia, el castigo que mereces.

—¿De verdad quiere castigarme? —Tenía la esperanza de que le bastara con un simple polvo; había sido realmente una ilusa, considerando que en él no había nada simple.

—Es lo mínimo, me parece. Siempre y cuando de verdad quieras que te perdone.

Incliné la cabeza bajo el peso de mis pecados. deteniéndome al final en sus pies desnudos, que eran grandes, igual que sus manos y todo el resto de él.

—Sí, quiero. —Lo había querido siempre.

—Entonces comienza por demostrarme tu buena voluntad: túmbate, sube las rodillas y separa las piernas. —Cruzó los brazos en su pecho, poniéndome a prueba.

Hice lo que quería, me quité los zapatos y me tumbé boca arriba, con las rodillas ligeramente flexionadas. Mi cabello se esparció sobre la sábana y la falda se me subió por las piernas.

—Más, no veo nada desde aquí —dijo, apoyando el culo en la cómoda, frente a la cama—. Tengo que ver. Separa las rodillas y sube las manos a la cabeza. Tienes que ser más diligente, y recuerda que, si desobedeces mis órdenes, siempre puedo pasarme por la gerencia, en cualquier momento.

Difícil olvidarlo.

La falda era estrecha, me impedía moverme, así que tuve que enrollármela hasta el pubis, sintiendo la caricia del aire en mi intimidad expuesta. Puse las manos en el colchón a ambos lados de la cabeza y giré la cara hacia el salón

para evitar ver al hombre que me estaba obligando a todo aquello. Incluso así, sin embargo, sentía sus ojos clavándose en mi carne como algo vivo.

Mi inmovilidad me pesaba como si estuviera encadenada a esa cama, y en cierto modo lo estaba, con cadenas hechas de amenazas. Abrí y cerré los puños, sintiendo picores y hormigueos en distintos puntos de mi cuerpo.

¿Qué partes de mí estaría mirando? ¿Qué estaría pensando?¿Por qué no podía ser como cualquier hombre, impaciente por ir directo al lío?

Yo me volvía loca así.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber.

Pegué la mejilla al colchón, contrayendo el abdomen.

—Me da vergüenza, me siento fatal.

—Mira tú qué lista, ¿querías espiar en la intimidad de los demás sin que nadie espiara en la tuya? *Debes* estar avergonzada: mantén abiertos esos muslos y dime por qué lo hiciste.

No quería hacer ninguna de las dos cosas, ¡maldita sea! Pero lo hice; mantuve separadas las piernas y respondí con una sinceridad que me revolvió el estómago.

—Me parece obvio: porque usted me atrae. —Y me atraía de una forma que no era normal, escapaba a toda lógica.

—Pero eso ya lo sabe.

Él pareció inmune a esa declaración.

—¿Y en cuántas otras habitaciones lo has hecho?

—Ninguna —me apresuré a aclarar—. Créame, nunca había sentido algo así ni había curioseado de esa forma. —Mis nervios se tensaron, luchando contra la necesidad desmedida de volver a esconderme en mi caparazón. Era difícil esconderse con palabras cuando te faltaba la ropa interior. Me obligué a quedarme tal como estaba, solo para complacerlo, padeciendo un sufrimiento completamente nuevo. Desagradable, casi doloroso por un lado, afrodisíaco por el otro.

—Ya veo. —Tomó nota, paseándose por la habitación—. ¿Y en cuántas habitaciones has robado? Porque vamos a dejar esto en claro: tu gesto fue el de una ladrona.

Detestaba aquella palabra. Con ella fue capaz de hacer crecer mi humillación, tocando una fibra sensible.

—No lo hice a propósito. —Cerré los brazos alrededor de mi cintura por un momento, pero al darme cuenta los volví a poner en su sitio—. Quiero decir, sí, quería coger el pañuelo, pero porque esta cosa es más fuerte que yo. Estoy intentando resistir, y de verdad lo estoy consiguiendo... lo juro.

El sentimiento de culpa contra el que llevaba luchando toda la vida me quemó el estómago. Presioné sobre mis labios temblorosos el dorso de los dedos abandonados junto a mi cabeza, sintiendo cómo me subía el llanto.

Mr. Baker se sentó en el borde de la cama, de ese lado.

—¿Y en cuántas otras habitaciones has robado desde que estás aquí? —Lo preguntó con un tono más suave, que me llevó a confesar.

—Tres.

Lo sabía, supe desde el principio que no se contentaría hasta que no me hubiera desnudado más allá de la ropa.

—Solo cosillas sin importancia:un soporte para el móvil de escritorio, una caja con tres cerillas, y un espejito. Los devolví a los pocos días, dejándolos donde los había cogido; menos las cerillas, eso no me dio tiempo. —Parpadeé, una lágrima me resbaló por la nariz, cayendo sobre la sábana. Ese tema me hacía daño.

Él cogió mi mejilla en su palma.

—No se trata del valor.

—No. —Sorbí por la nariz.

—Eres una cleptómana —decretó, pasando el índice por debajo de mis ojos húmedos.

—Sí... —suspiré, abandonando esa carga al admitir mi culpa—. Pero estoy trabajando en ello.

Había ido a un psicólogo que había asociado mi comportamiento a una necesidad de atención insatisfecha durante la infancia y a la falta de una figura paterna estable. Sus consideraciones, junto a mi cambio de vida, me estaban ayudando mucho en mi proceso.

—No lo dudo. —Su mano se movió. Fue a acariciarme el interior del muslo, provocándome mil estremecimientos—. ¿Y el pañuelo? ¿Me lo habrías devuelto?

Cuando llegó a mi sexo, lo separó con dos dedos y me masajeó la parte más sensible.

—No... —se me escapó en un jadeo, ya convertida en un libro abierto. Los dedos de mis pies se encogieron y los talones se hundieron en el colchón.

—Ay, ¿qué tengo que hacer contigo, niña? —Metió un dedo entero, haciendo que me arqueara, mientras me sujetaba la rodilla, manteniéndola quieta—. No me basta una noche para todo lo que te haría. Le daría tanta atención a este coñito tierno, que te quitaría las ganas de buscarla de otra manera.

—¿Para reemplazar un vicio con otro? —repliqué, con una sonrisita sarcástica que ahuyentó la tristeza de mi rostro.

—Exacto. Por otra parte, debemos tener algún vicio. —Hizo un círculo interior y exterior a la vez, mientras bajaba mi rodilla hacia su pierna, abriéndome—. No te corras —me advirtió.

Mordí con fuerza el nudillo de mi dedo, sintiendo sus falanges penetrar, el dedo corazón se sumó al índice. Se deslizaron despacio, sin intentar forzarme más allá, pero a la larga, con el clítoris siendo frotado por su pulgar, ese movimiento habría bastado para llevarme al orgasmo que tendría, no sabía cómo, que reprimir.

—¿Este es mi castigo? —Si lo era, era tan hermoso como terrible.

—No, nena. —Me besó en la rodilla y se levantó. —Quítate la falda y ven aquí.

Obedecí, me quité la falda y me levanté diligentemente, desnuda, sintiéndome más ligera que cuando me había acostado. Sabía que había cometido un error al invadir su espacio y ceder a mi cleptomanía, pero ya no me pesaba tanto como antes.

De pie frente a él, que aún estaba completamente vestido, me sentía húmeda entre los muslos, mis pezones, pequeños y rosados, casi me dolían de lo tirante que sentía la piel. Tenía la impresión de que si los tocaba, daría un respingo.

Hizo algo peor: agarró uno y lo apretó usándolo para tirar de mí hacia él.

—Acércate.

Gemí, hundiéndole las uñas en la mano para hacer que desistiera.

—Eh, eh. Sin rebelarte, porque si no me obligas a maltratar a esta preciosidad. —Retorció, apretándolo con más fuerza.

Esta vez me impuse dejarlo hacer; apreté los dientes, soportando con gemidos bajos.

—¿Qué es lo más valioso que has robado alguna vez? —Se inclinó, sopló en mi pezón adolorido y lo cogió en su boca. La caricia de su lengua en ese punto sensible, ahora hipersensible, hizo que una descarga eléctrica sacudiera mi cuerpo.

—Un... —miré hacia abajo, entornando los ojos. Mis manos se posaron sobre sus hombros para sostenerme—. ...Un cisne pequeño, en una barbacoa en casa de una amiga de mi madre.

Él se inclinó sobre mis piernas, rodeándome la cintura con las manos. Me observó desde abajo, haciendo que todo fuera más soportable, incluso los recuerdos amargos.

—¿Eso es todo?

—Estaba allí, en la repisa de la chimenea, no imaginaba que fuera un Swarovski original de edición limitada, de cristal y oro.

—¿Valor? —se rio de mi ingenuidad y escaso conocimiento.

—Ocho mil dólares —exhalé. Esos ocho mil dólares que me habían metido en problemas y me habían puesto la etiqueta de ladrona, como si hubiera conocido el valor de aquella chuchería y mi objetivo hubiera sido precisamente aprovecharme de ello.

—Lo devolví y la denuncia fue retirada. —Pero los rumores sobre mí se habían extendido.

Mr. Baker se levantó.

—...Y entonces escapaste de Pensilvania.

—¿Cuánta *atención* merezco, por esto? —Algo aduladora, extendí una mano, manteniéndola suspendida a un suspiro de su camisa. Le pedí permiso con la mirada.

—Puedes —dijo.

Abrí los restantes botones, la saqué de sus pantalones y separé ambos extremos. El pecho era amplio, tonificado; el abdomen bien definido, con un ligero indicio de las líneas abdominales que me hizo agua la boca. Posé la mano en ellos, sintiendo una firmeza que no esperaba en un hombre de negocios.

Me mordí el labio entre los dientes y alcé la mirada con avidez.

—La tendrás, nena. Tendrás toda la atención que necesites. —Me besó, y mientras lo hacía sentí que su mano presionaba mi hombro, empujándome hacia abajo.

Fui obligada a bajar contra su cuerpo vigoroso y acabé de rodillas. La protuberancia de la tela bajo la cual presionaba su sexo era tan pronunciada que me causaba temor y, al mismo tiempo, me llenaba de expectativa.

No hubo necesidad de que me explicara lo que quería: desabroché su cinturón, desabotoné sus pantalones y los bajé junto con sus bóxers, revelando finalmente el punto central del deseo en el que languidecía desde hacía días.

Larga y gruesa, la verga se irguió tiesa, como si solo llamara a mi boca. ¡Joder, qué preciosidad!

—Una buena mamada puede costar hasta quinientos dólares —me instruyó él—. Imagina que tuvieras que devolver ocho mil.

Una pretensión que parecía estar más allá de mis posibilidades, aunque pondría todo mi empeño en ello.

Tomé el miembro por la base y lo sentí caliente, sedoso al tacto, duro en el interior. Lo estimulé, recorriéndolo para humedecer mis dedos con el líquido preseminal que salió por el glande, luego tomé la punta en mi boca, con voracidad.

Mi lengua envolvió su glande, mi mano lo trabajó con una ligera torsión; el gemido bajo y ronco que escapó de su garganta me hizo soltar el aliento que

había estado conteniendo hasta ese momento. Quizás no era una mamada de ocho mil dólares, pero parecía apreciarlo.

—¿Está bien así? —pregunté para tener una confirmación.

—Es un buen comienzo, pero ve más profundo, enséñame cuánto puedes tragar —exigió desde arriba.

Lo intenté, sujeté con una mano la base, apoyándome con la otra en su cadera y me la metí entera en la boca. Empecé a mover la cabeza arriba y abajo, empujándolo hasta el fondo. El pelo me tapó la cara cayendo hacia delante. Él deslizó las manos en medio, lo llevó hacia atrás y sujetó mi cabeza con las palmas de sus manos.

—Abre bien esa boquita.

Penetró mis labios, manteniéndome inmóvil. El falo se deslizó sobre mi lengua, lo noté engrosarse aún más, llegando a llenarme entre las mejillas y a presionar contra la garganta. Le agarré las caderas con ambas manos, intenté retirarme, pero él se inclinó un poco hacia delante y no me lo permitió. Murmuré en protesta, animada por una descarga de adrenalina: aún faltaban unos centímetros para la base, si hubiera empujado aún más esa cosa demasiado larga en mi faringe, me habría ahogado.

Hizo pequeños chasquidos con la lengua como si quisiera amansar a una bestia salvaje.

—Puedes hacerlo. Eso es, como una buena chica, sé que puedes hacerlo.

Su tono tuvo el poder de calmarme. Bajé los hombros, concentrándome en respirar por la nariz, y lo complací.

Una vez que me rendí, Mr. Baker dejó de retenerme y me guió en los movimientos de la cabeza, sin forzarme a tomarlo más de lo que podía.

—Así está mejor, ¿ves? Solo tienes que recordar que aquí mando yo y dejarme hacer.

Con la boca llena no pude replicar, pero cuando me soltó me escurrí, cayendo sentada en el suelo, con las manos hacia atrás para sostenerme.

Respiraba con dificultad, dándome cuenta de qué, chantaje o no, no podría haberle resistido de ninguna manera si se hubiera impuesto con su fuerza de hombre adulto y bien plantado.

No sé cómo, pero leyó mi mente y eso lo satisfizo. Sonrío, con sorna.

—¿Te gusta mi polla, nena?

Ese apodo, asociado a esa vulgaridad, me sentaba muy bien. Era exactamente eso: una niña algo indefensa y algo viciosa. Bufé por la nariz dilatando las fosas nasales, desafiada por su prepotencia.

—Sí, me gusta.

Me impulsé y volví a ponerme de rodillas para reapropiarme de mi nuevo juguete.

Él rio, esta vez con un sonido más alegre. Dejó que engullera su miembro, permitiéndome lamerlo a mi antojo, todo a lo largo, y chuparlo con mimo.

—Joder... —maldijo, apretando con fuerza su mandíbula y balanceándose un poco—. Basta. Te quiero inmediatamente en la cama. —Los pantalones a la altura de las rodillas le limitaba los movimientos, haciéndole difícil retroceder, así que me puso la palma en la frente empujándome hasta que terminé sentada sobre mis talones.

Me limpié la boca con el dorso de la mano. Apenas intenté levantarme, él me volvió a empujar hacia abajo.

—Ponte a cuatro patas. Gatea para mí y da una vuelta bien grande —me impuso, despojándose de lo que aún le quedaba encima.

Esa orden, más que cualquier otra, me hizo sentir lo definidos que estaban nuestros roles en esa relación. Sentí todo el ascendente de su demanda de dominio y fui subyugada por una languidez que nublaba mi mente y me encendía los sentidos.

Era justo ese el juego que quería jugar: ponerme en manos de otro y experimentar en mi propia piel una humillación dictada por una pura pulsión erótica. Así que me puse a cuatro patas y gateé lentamente sobre las rodillas, moviendo las caderas. Dejé que el pelo me cubriera las mejillas sonrojadas, sintiéndome desnuda de una forma obscena.

El pie de Mr. Baker me dio un pequeño empujón en la cadera.

—Por ahí, camina delante de mí, a ver ese bonito culo.

Del parquet pasé a la alfombra de fibra de bambú, áspera bajo mis manos y rodillas, intentando mantener aun así los movimientos lánguidos y gráciles. Sabía que tenía un cuerpo tonificado, bendecido por los beneficios de la juventud, y sabía lo que estaba ofreciendo a sus ojos ávidos: piel fresca y lisa, una cintura muy estrecha que se ensanchaba en forma de corazón sobre un culito redondo, seguido de muslos suaves. En la cabeza, una melena abundante, ligeramente ondulada, y ojos felinos.

—Mira mira, qué gatita tenemos aquí —apreció, quitándose el reloj y dejándolo en la cómoda.

Me detuve, apretando las piernas, y giré la cabeza hacia atrás, buscándolo con la mirada, para ver su desnudez total, subiendo por sus cuádriceps.

—Miau... —meneé el trasero de un lado a otro, frotando mi rostro en su hombro—. Miau...

Pero Baker se plantó con las manos en las caderas, sin hacer caso al pene que exigía atención, y echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—En el fondo siempre deseé tener un lindo gato. Pensaba que mi trabajo no me lo permitiría, pero al parecer me equivocaba: puedo tener una gatita muy servicial.

Arrugué la nariz.

—¡Miau! —refunfuñé en tono desdeñoso. Los gatos no eran serviciales, sino animales orgullosos y altaneros.

Agité de nuevo el trasero, contorsionándome sobre un costado, y él avanzó a paso de carga para venir a cogerme. Comencé a gatear muy rápido, escapando de él en la oscuridad del vestidor. Una vez dentro, di un golpecito con el pie a la puerta para que se cerrara, pero una mano la detuvo.

Chillé excitada, sintiéndome una presa. Dos brazos rodearon mi cintura, sentí que me levantaban en volandas y por instinto hice fuerza sobre los antebrazos que me aprisionaban, buscando zafarme.

—Pórtate bien. Sabes que tienes una deuda que saldar, ladronzuela.

Mr. Baker me sacó fuera ejerciendo una presión que me aplastó el abdomen, dejándome sin aliento y sin fuerzas para resistirme. Al poco tiempo, mi cuerpo cedió: blando y dócil me rendí dentro de ese abrazo que oprimía y que hacía que su sexo se apretara contra mi trasero a la fuerza.

Me dejé tumbar y colocar en la cama como él quería: boca arriba, con las manos por encima de la cabeza y las piernas separadas.Se subió sobre mí, aumentando mi ansiedad enormemente con el roce de la cabeza hinchada de su pene contra mi pubis.

—No me lo puedo creer, de verdad está pasando —murmuré, estudiando su rostro para grabarlo en mi memoria.

—Era bastante obvio que acabaría así, desde el momento en que me diste el cenicero. Una prueba que me reveló justo lo que me interesaba saber sobre ti.

—¿Qué? —Recordaba perfectamente el momento en que, sin que dijera una sola palabra, me había resultado instintivo servirlo.

—Te bastó una mirada para entenderme y obedecer: ya estabas lista para mí, aunque todavía no te dabas cuenta.

Antes de que pudiera replicar, se apoderó de mi boca. Se detuvo un instante, luego sus besos descendieron por mi cuello, y más abajo, hasta el pecho. Sus pulgares presionaron el interior de mis muslos para separarlos. Finalmente, alcanzó mi sexo.

—No te corras —ordenó de nuevo, con la presunción de un hombre sumamente seguro de sí mismo y de sus capacidades.

Su lengua empezó a estimular mi clítoris con lentos círculos, empujando como para sondear su minúsculo recoveco. Mi sangre pareció fluir toda hacia ese punto, hasta que mi cabeza empezó a divagar. Mis músculos se tensaron

con la acumulación de ese placer sordo, como intentando retenerlo; mi pelvis tembló, casi apartándose por la excesiva estimulación.

—No te muevas. —Mr. Baker hundió los dedos en el nacimiento de mis muslos, mientras cogía mi nudo de carne palpitante entre sus dientes, mordisqueándolo con variaciones de intensidad, para que me arrepintiera de mi reacción de echarme para atrás.

Lloriqueé con fuerza, a nada de un extraño orgasmo, que crecía sin control con el leve dolor, y por él era retenido como rehén. Hundí los dedos en su melena, agarrándola con fuerza entre los nudillos, sin saber si para apartar de mí ese tormento que me estaba volviendo loca, o para obligarlo a que me llevara hasta el final. El caso es que apreté sus mechones entre los puños, inmovilizándolo.

—Ay Dios... —jadeé, cerrando los ojos.

—Eh, no. ¡Te he dicho que no! —Atrapó mis muñecas, apartando mis manos bruscamente.

—¿Por qué no? —gimoteé retorciéndome debajo de él.

—Porque lo digo yo. Eres demasiado impaciente. Tienes que aprender a tomar cuando te digo que tomes y a dar cuando te digo que des. —Aplastó mis frágiles articulaciones contra el colchón, cargando con su peso.

—Pero yo quiero... —Lo enganché con una pierna en la parte baja de la espalda, intentando atraerlo hacia mí—. Hazme tuya. Ahora.

—No —dijo su boca, cuando su pene decía todo lo contrario, apoyado en mi vientre como una barra de hierro que solo esperaba el momento de golpear.

—Por favor... —me arqueé, yendo a su encuentro tras la estela del incómodo calor que aún sentía inflamando mi bajo vientre.

—Eres realmente indisciplinada. —Debía ser una crítica, pero parecía inspirado al descubrir que, después de todo, no siempre estaba dispuesta a agachar la cabeza.

—Tendrás todo lo que quieras, y aún más, cuando hayas aprendido a ser obediente.

—¿Más obediente que esto?

—Solo estás fingiendo, pero sigues dispuesta a tomar lo que quieres sin mi permiso; sea un pañuelo, un orgasmo o mi polla, pequeña granuja.

—No tengo idea de cómo se puede obedecer hasta ese punto —un punto en el que además de las acciones, se incluyen las intenciones—. Y ni siquiera estoy segura de que sea algo bueno.

—No obedezcas a cualquiera, eso nunca. Es solo a mí a quien tienes que obedecer. Y lo harás... Oh, claro que lo harás.

Intentó soltarse de mi pierna, así que me pegué a él como un pulpo. Forcejeamos en la cama, él apenas se resistió, dejando que nuestros cuerpos desnudos crearan un roce delicioso y erótico, hasta que decidió poner fin a nuestra pequeña batalla y usar toda su fuerza para someterme brutalmente.

—¡Basta, Cassie!

Ya ni siquiera podía retorcerme. Con brazos y piernas atrapadas por los suyos, empecé a comprender el voluptuoso poder del abandono, mientras él me dejaba languidecer a la fuerza en un limbo de deseo que se intensificaba con la imposibilidad de actuar. Esa inmovilidad... impuesta, dolorosa y embriagadora.

—Vale, seré buena chica, lo prometo. —Fue una intención sincera, una rendición más honesta que las anteriores, que hizo que volvieran las lágrimas a mis ojos. Me dejaba vencer para obtener todo lo mejor de él. Él, que se habría 'encargado' de mí, según le hubiera apetecido.

—Ya veremos lo buena que eres.

Creo que le gustaba apretar y aprisionar con fuerza mi pequeño cuerpo, bloqueando el libre flujo de la sangre en mis miembros, porque demoró un poco en aflojar el agarre. Cuando lo hizo, suspiré de alivio.

—Quédate quieta —ordenó, levantándose. Fue a hurgar en el armario, luego en la cómoda, y volvió con dos cosas: un pañuelo limpio y un par de esposas con muñequeras de cuero negro acolchadas, unidas por una cadena de unos cincuenta centímetros.

Me estremecí, y la ráfaga de la brisa marina sobre mi cuerpo acalorado amplificó el efecto, erizándome la piel.

—¿Siempre vas de viajes de negocio con eso? —pregunté, con los ojos muy abiertos, refugiándose en el sarcasmo para no parecer asustada.

Nunca antes me habían esposado. La idea de quedar tan indefensa, en la habitación de un hombre al que conocía tan poco, era verdaderamente inquietante.

—Soy un tipo previsor —replicó, haciendo oscilar aquel artilugio de sujeción de su dedo índice—. Nunca se sabe dónde puede aparecer una niñata que invade mi intimidad.

—Si las hubiera visto antes, habría echado a correr, en lugar de... hacer lo que hice.

Era una verdad a medias, si las hubiera visto antes, mi imaginación se habría disparado, alimentando mi obsesión por él... y habría comenzado a llevar un par de alicates siempre conmigo. Porque una cosa era fantasear con ello, y otra muy distinta encontrarse ante la posibilidad de ser realmente aprisionada.

—Entonces es una suerte que no hayas tenido tiempo de encontrarlas. —Se acercó al cabecero de la cama, que estaba adornada con un relleno blanco con pespuntes. Buscó a tientas entre este y el colchón, deslizando la cadena que sujetaba las esposas por la estructura de debajo.

—Gírate, dame las manos.

Me mordisqueé los labios, frunciendo el ceño. Retiré por un momento las muñecas hacia mi pecho, apretándolas contra él.

—Sé que tienes miedo y es normal que lo tengas, pero recuerda siempre lo que está en juego.

Mi trabajo, mi nueva vida feliz en el Caribbean Bay. Apeló al chantaje; desde esa perspectiva, fue un auténtico cabrón. Y lo peor de todo: funcionó.

Rodé sobre mi vientre, desconsolada, estirando mis brazos renuentes sobre el colchón.

—Más arriba, ven a sentarte sobre tus talones.

Lo hice, colocándome de cara al cabecero, con los antebrazos descansando sobre las piernas, claramente en espera.

—Perfecta —me elogió, abriendo las esposas. Colocó cada brazalete de cuero en mis muñecas, apretando la correa hasta el último agujero—Qué delicadas —comentó, haciéndome sospechar que habría apretado aún más, si hubiese podido.

Por suerte, no era posible; ya así sentía el suave forro interior adherirse a la piel sin un milímetro de holgura. Además, el colchón aplastaba la cadena impidiéndome ese poco movimiento que me habría quedado.

Como necesitaba quitarme el pelo de la cara, me moví automáticamente para llevar las manos a mi cara, experimentando el violento tirón de la cadena que me mantenía las manos sobre la cama. Traté de tirar con cuidado, y observé mis muñecas atadas tomando consciencia de mi creciente vulnerabilidad. Cuanto más tiempo pasaba en aquella cabaña, más difíciles se ponían las cosas.

Mr. Baker se sentó con la espalda contra el cabecero, estudiando mi reacción, como si realmente fuera una gatita probando su nueva correa.

—Si tienes algo que decir, dilo ahora. —Cogió el pañuelo de la mesa de noche.

—¿Dilo ahora o calla para siempre? —repliqué con ironía, intentando inútilmente deslizar las esposas por las muñecas.

—No seas dramática. Solo unos veinte minutos... o treinta, depende.

No quería saber de qué dependía. No quería saber nada más.

—¿Pero luego me las quita?

Él frunció el ceño y se dio un golpecito en el labio como si lo estuviera meditando.

—Por mucho que me gustaría dejarte atada a mi cama durante el resto de mis días en el Caribbean Bay, temo que podría meterme en serios problemas legales.

Sonreí nerviosamente, parpadeando detrás de un mechón de cabello.

—¿Incluso si fuera yo quien se lo pidiera?

Con aire pícaro, desenvolvió algo que, en cuanto vi el tamaño, supe que era demasiado grande para ser un simple pañuelo.

—No me tientes, si no quieres que tome en serio la idea. Y cierra esta boquita, que es peligrosa para los dos.

Me cogió la barbilla, haciéndome abrir la boca para meterme la mordaza entre los labios. La anudó detrás de la cabeza, tomando la precaución de dejar libres algunos mechones.

Tragué con dificultad, incómoda tanto por el cuerpo extraño que deformaba mis labios, fastidiando mi lengua, como por mis muñecas constreñidas. Totalmente a su merced, comencé a sentir una especie de respeto reverencial, aunque sin perder de vista ninguno de sus movimientos.

Su pene, que había alcanzado el clímax en el momento en que nuestros cuerpos entraron en contacto, se estaba ablandando un poco, colgando hacia la derecha, pero seguía estando erecto.

Me pilló desprevenida cuando cogió mis tobillos y me tiró hacia atrás, haciéndome caer de bruces sobre la cama, tensa entre él y las esposas. El corazón me dio un vuelco.

—A cuatro patas —ordenó, subiendo de rodillas a mi lado.

Obedecí, acercándome de nuevo a la cabecera sin poder evitarlo.

—Eres una delicia. —Su comentario me hizo sentir orgullosa y bastante ansiosa—. Y lo eres todavía más cuando te sometes como una dócil perrita deseosa.

En ese momento lo era, no podía ser de otro modo: era su perrita, su gatita, su nena, lo que sea él que quisiera que fuera.

Pensé que me tomaría por detrás; en el fondo no veía la hora de que sucediera, ansiosa por poder sentir con cuánta vehemencia ese formidable sexo me abriría. En lugar de ello, él se quedó de rodillas a mi lado.

Oí un chasquido sonoro, seguido de una llamarada de calor en mi nalga derecha.

—Esto es por espiarme, escondida detrás de un arbusto.

Di un respingo con un instante de retraso. Mi cabeza cayó hacia atrás y giré el cuello mirando lo que hacía.

—No te sorprendas, te lo advertí —sonrió desdeñosamente, dejando claro que hablaba en serio cuando mencionó un "castigo", y que estaba a punto de recibirlo.

En el fondo, me lo había ganado, me dije. *Así que me portaré bien, como prometí.* No es que tuviera muchas otras alternativas.

Luego llegó la segunda hostia, más fuerte.

—Esto es por el Mai Tai que me obligaste a beber.

Cerré los ojos con fuerza, sin poder llevar las manos a mis nalgas para presionar y aliviar el ardor. Yo no le había exigido que bebiera absolutamente nada, aunque sentí que también me merecía esto, por el simple hecho de que era él quien lo había establecido. El calor se había vuelto quemazón, pero resistí.

Ahora pasa, Cassie.

Ahora pasa, me repetí.

Al tercer azote contraje las nalgas y todos los demás músculos, gimiendo en el pañuelo.

—Esto es por haberte echado atrás esa misma noche, después de provocarme —Mr. Baker me acarició con la mano izquierda la zona lumbar y la columna vertebral. Un toque ligero y cosquilleante, en contraste con los tortazos que su mano derecha me había dado.

Mimada de esa manera, apenas estaba empezando a derretirme, cuando azotó de nuevo mi nalga ya dolorida.

Solté un pequeño grito y me impulsé hacia adelante, golpeándome la parte superior de la cabeza contra el cabecero.

—Esto es por haberte metido en mi habitación y hurgar entre mis cosas sin mi permiso.

Bajé el trasero para evitarlo, pegándome a la parte superior de la cama como un animalito atado que no puede huir a ninguna parte. No imaginaba que un tortazo en el culo pudiera ser así. Dolía más de lo que creía, con punzadas de dolor que perduraban unos segundos después de haber recibido el golpe.

Su mano izquierda subió a lo largo de mi columna hasta mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello. Lo sujetó con fuerza, tirando de mi cabeza hacia atrás.

—Vuelve a colocarte en posición. Levanta el culo, que no he terminado. —Tiró, y sentí un hormigueo en todo el cuero cabelludo—. ¿Habrías preferido que fuera a la gerencia? Todavía estamos a tiempo, si quieres —renovó la advertencia.

—Ooo... —gemí un "no" deformado por la tela.

—Estoy intentando por todos los medios ahorrarte un mal trago delante de tus colegas y un posible despido. Así que déjame entenderlo bien: ¿de verdad quieres que me encargue de arreglar esto, aquí y ahora, para que no se vea involucrada más gente?

Mordí la mordaza, cerrando los ojos con resignación.

—Iii... —Lo que fuera, con tal de que nada saliera de esa habitación. Sobre todo yo.

—¿Segura?

—¡Iiii!

—Me alegra que estemos de acuerdo, nena. —Su tono se volvió empalagoso, como si me estuviera haciendo un favor—. Venga, entonces, vamos a acabar con esto, para que luego pueda darte toda la polla que has venido a buscar.

Me hacía perder la cabeza oírle hablar así, con ese tono de loco sádico y bastardo, cuando en realidad era un hombre lucidísimo que se deleitaba en un juego sexual con un claro matiz de perversión. Fue eso, quizás incluso más que las otras imposiciones, lo que me hizo ponerme a cuatro patas de nuevo. No se trataba solo de ceder a su chantaje para salvar mi puesto de trabajo: yo quería lo que estaba pasando, quería que llegara hasta el final, que me hiciera experimentar todo lo que era capaz de provocar. Solo tenía que resistir y vencer el miedo... dejar de pensar.

—Así, eso es. —Él puso su palma sobre mi nalga acalorada. Las acarició a ambas y pasó con dos dedos por la piel íntima de la raja—. Abre más las piernas. —Llegó a mi clítoris y lo masturbó lentamente. Yo, sin embargo, no conseguía dejarme llevar por esos estímulos, quedándome rígida a la espera de la nueva palmada que cayó sobre mí de repente, seguida inmediatamente de otras cuatro. Se empleó a fondo, cada vez con más intensidad.

Me sobresalté y tiré de las cadenas, pero ya sin la voluntad de escapar.

—Lo siento, niña, he tenido que volver a empezar y recuperar rápido. ¿Has visto lo que me has obligado a hacer? ¡Incluso he tenido que añadir una por interrumpirme! —Mi castigador me sujetó firmemente del pelo, con la garganta tensa hacia atrás, tanto que me resultaba difícil tragar—. Te aconsejo que no vuelvas a interrumpirme. Lo digo por tu bien, pequeña, no precisamente por el mío.

Con la cabeza hacia atrás, el cuello tirante, mi espalda formaba un arco, dejando mi trasero en alto, expuesto a su tiranía.

—Por haber robado el pañuelo, la más grave de tus acciones, necesitas al menos tres más —sentenció.

Soltó otra tanda de azotes firmes, alternando las nalgas.

—Siente cada uno, escucha tu cuerpo y procura recordarlos cada vez que tengas la tentación de robar.

Al no poder hacer nada más, me centré en mí misma. Percibí claramente cómo la tensión se acumulaba en mi interior, liberándose después de cada golpe, y comencé a sentir cada uno como una despiadada e inevitable liberación.

—¿No te sientes mejor, ahora? —me dijo al oído—. ¿Quieres otro para asegurarte de que has expiado tu culpa?

Estuve tentada de decirle que no, de suplicarle incluso. Sin embargo, una parte de mí se sentía aliviada, como si realmente estuviera cumpliendo una penitencia a través de ese juego diabólico, purgando mis pecados.

Lo mejor de todo era que con Mr. Baker ya nada dependía de mí, solo tenía que dejarme atravesar por un río de sensaciones, con todos sus absurdos matices.

Ser obediente.

Complaciente.

Para ser perdonada y tener mi recompensa.

—Ii —asentí, clavando las uñas en el colchón.

Sí, quiero más.

—Sabía que eras especial. —Su boca habló contra mi cabello—. Aprendes rápido, pequeña. Esto es todo y solo para ti.

Estaba completamente preparada, me tensé un poco y absorbí la violencia del golpe al mismo tiempo que el sonido del chasquido que reverberó en mis oídos. Tuvo un impacto muy profundo, más emocional, y fue mucho más allá de lo que podían alcanzar las manos; mi vista se nubló, colmada de lágrimas, mientras me veía abrumada por la emoción.

Mr. Baker sonrió, acariciándome la cabeza. Lo había logrado, había pagado por mis culpas. Sentía un alivio indescriptible, al que sin embargo no pude entregarme ya que, como muy pronto descubriría, él no había acabado conmigo.

—Las siguientes, en cambio, son solo para mí, no tienen nada que ver con lo que has hecho, son exclusivamente para mi placer. Porque tú *quieres* darme placer, ¿cierto, nena?

Sorbí por la nariz y lo miré. Su miembro había vuelto a alzarse como un obseso. En sus ojos verdes parecía haberse condensado la concupiscencia de un demonio que fingía esperar mi consentimiento, cuando era el único al mando. Había sido realmente bueno al conducirme a un terreno de juego donde yo solo existía para satisfacer sus caprichos.

¿Podría negarme alguna vez a ese hombre, a ese perfume, a ese diablo tentador?

Sí que podía, a costa de empeorar mi condición, pero el caso es que no quería. Por eso reprimí un gemido de queja y asentí, tratando de mostrar una expresión temeraria, que se desmoronó cuando parpadeé y cayeron más lágrimas. Lloraba, y aun así, quería continuar, deseosa de satisfacerlo hasta el final. ¿Qué me pasaba? ¿Qué me estaba haciendo ese hombre?

Mr. Baker me secó las lágrimas con el pulgar y presionó mi zona lumbar, induciéndome a levantar más el trasero.

—¿Preparada?

Aún aturdida, volví a asentir y dejé caer la frente sobre el cabecero, respirando hondo.

El Diablo me zurró el culo, no sé cuántas veces más. No demasiadas. Recuerdo que me escocía la piel, la respiración se me aceleraba, la boca gemía de formas ambiguas, y la sangre me hervía, mientras descubría una dimensión del dolor completamente nueva, que me removía por dentro de una manera indecente... Hasta que de repente todo calló, y solo quedaron el sonido de mi respiración entrecortada y el temblor de mis nervios.

Permanecí tensa, con los puños apretados y los ojos cerrados, preguntándome si todo había terminado.

—¿La última? —preguntó él, en voz baja.

Tragué con dificultad y, exhausta, asentí con la cabeza.

El sopapo fue inmediato, de una potencia moderada, pero suficiente para hacerme llegar al clímax. Solté un grito y dejé que los brazos se desplomaran, cayendo sobre el colchón junto con mi cabeza, seguidos luego por el resto de mi cuerpo.

Realmente había terminado.

Me quedé tumbada y sin aliento, a pesar de no haberme movido de la cama en ningún momento. El trasero me latía como si tuviera vida propia.

Vaya, así que esto es lo que pasa cuando te dan una buena tanda de azotes, pensé, con la mente en blanco. Lo único que necesitaba en ese momento era al hombre que me había guiado hasta allí, a ese limbo entre el sueño y la pesadilla.

Y él estaba conmigo. Me quitó la mordaza y una de las correas de las esposas, aunque esta se quedó enganchada en la estructura de la cama, manteniéndome prisionera del brazo derecho.

Se tumbó a mi lado.

—Has estado increíble —susurró con la voz de la calma que sigue a la tormenta— y muy excitante.

Me giré de lado, apoyando la cabeza en su pecho en busca de consuelo.

—Y también obediente —añadí, con los hombros encogidos y un hilo de voz.

Su mano pesada se deslizó por mi pelo.

—*Bastante* obediente. —Sonrió y tomó mi barbilla, haciendo que levantara mi rostro para besarme con dulzura.

Su mano fue a agarrar mis pobres nalgas doloridas, las masajeó dándome un mínimo de alivio, mientras su lengua se movía con soltura entre mis labios.

Los mordisqueó con ternura, haciendo que se hincharan, antes de separarse para que volviera a tumbarme boca abajo. Sus masajes se volvieron algo más descarados, explorando a lo largo de la hendidura de mis nalgas. Me hizo cosquillas en el agujerito y bajó por la raja del sexo.

—Siente esto. —Dejó resbalar dos dedos por mi vagina.

Sabía lo que estaba sintiendo: la humedad viscosa de mis fluidos que evidenciaba mi excitación. Resultaba inverosímil, pero su azotaina realmente me había encendido en muchos más sentidos de los que podía imaginar.

Separé las piernas para invitarlo, olvidándome de lo que era el pudor.

—Sí, nena, ahora mismo te la doy. Te la has ganado a pulso.

Agité la mano aprisionada para que la liberara también, pero él ignoró mi gesto. Evidentemente la esposa no había quedado atrapada por casualidad.

Se desplazó hasta los pies de la cama.

—Mírame. —Me sujetó de los tobillos y me giró. Luego los separó.

Tumbada boca arriba, vi a ese hombre increíble, mucho más maduro y experimentado que yo, colocarse entre mis piernas. Empuñó su sexo, que de pronto me pareció demasiado grande, despertando en mí los temores del último momento. Su anchura podía asumirla de algún modo, pero su longitud...

En ese preciso instante sus ojos se encontraron con los míos, decididos, y me quedé atrapada en ellos; su pene se frotó abriendo los labios de mi sexo, luego empujó haciéndome gemir.

Sentí cómo mis paredes íntimas se dilataban a su paso: continuó lento, implacable. Solo cuando se detuvo, solté el aliento que no me había dado cuenta que había estado conteniendo.

Dios, qué sensación tan increíble. Me gustaba todo: su perfume, su físico imponente, su mirada, su aire autoritario que me hacía sentir su presa. Todas percepciones que el persistente ardor en las nalgas no hacía más que intensificar.

Tras darme un instante para acostumbrarme a él, Mr. Baker empezó a follarme. Apoyó los codos, intensificó las embestidas, y finalmente también su respiración comenzó a entrecortarse con jadeos de placer.

Iba y venía como la marea, llenándome de manera majestuosa.

—No pares, por favor... Es hermoso así.

—No tengo ninguna intención de parar. —Se hundió con vigor, levantándome las piernas para penetrarme mejor—. Toma mi polla, nena. Quiero llenarte entera.

Grité, sintiendo que me forzaba en exceso.

—Despacio... Es demasiado... —intenté bajar las piernas.

Él me lo permitió dándome así la oportunidad de soportarlo mejor. Me cogió la cara y me besó para amansarme, con uno de esos besos que me tenían enganchada a su boca, porque había comprendido que esa era una buena forma de domarme.

De la boca pasó al cuello, subiendo por mi vena marcada con un suave rasguño de su barba que pinchaba.

—Estoy seguro de que puedes con un poquito más. Tiene que entrar hasta los huevos si quieres hacerlo bien, como una buena putita. —Usó un tono bajo y profundo, excitante—. ¿Te gustaría ser mi putita? ¿Lo intentamos, niña?

—Sí, probemos —jadeé desatada, derretida como mantequilla al paso de un punzón al rojo vivo—. Todo lo que quieras.

—Así me gustas: caliente y dócil. Tienes que confiar en mí. —Cogió un cojín y me lo metió debajo del culo, levantando mi pubis.

Con ese ángulo, cuando volvió a penetrarme, lo sentí llegar directo a mi tripa.

—¡Dios! —me agarré a él, clavándole las uñas en la zona lumbar. Su espalda se estremeció, pero él no dijo nada; me agarró las piernas por debajo de las rodillas, obligándome a levantarlas y abrirlas al máximo. Y luego empujó de nuevo.

Tuve que morderme los labios para no detenerlo, enganchada a él de una manera insana.

—Ya casi estamos, solo un par de centímetros más —dijo—. Tienes el coñito que parece de una vírgen, necesitas tanto de esta polla, nena.

—Sí, es verdad, la necesito toda —me encontré diciendo, ya totalmente excitada por ese lenguaje sucio, y metida por completo en mi papel de golfa.

—Estoy aquí para eso.

Lo sentí llegar a partes de mí inexploradas, presionando constantemente sobre el fondo de mi canal, como si quisiera ir más allá. No era precisamente dolor, pero estaba muy cerca y hacía que me sintiera poseída como nunca antes.

—Dios mío, no puedo más, me está matando. Siento que no puedo respirar. —Incliné la cabeza hacia atrás, tratando desesperadamente de encontrar una

posición para poder recibir la mayor cantidad posible.

—Porque la tienes casi toda, cariño. Lo estás haciendo genial, aunque seas tan pequeña. —Se apuntaló sobre mí, levantando los hombros y sosteniéndome firmemente—. ¿Qué se dice a quien se tomó el trabajo de castigarte y joderte con tanto empeño?

—Gracias... —gemí bajito cuando hizo girar su cadera —...señor.

—¿Por qué? Sé más precisa.

—Por tu gran polla y por haberme dado unos buenos azotes en el culo. —Mi voz vibraba, todos mis esfuerzos se centraban en soportar aquella penetración exagerada.

—A tu servicio, pequeña. Siempre que quieras.

Me dejó clavar los talones en el colchón y empezó a dar embestidas menos profundas, pero más rápidas.

—Eres tan tierna que podría romperte —dijo, conteniéndose en el último momento.

—Me da igual. Fóllame, hazlo como te dé la gana —deliré.

Él me tomó la palabra. Se volvió brusco, me folló sin contemplaciones, haciendo casi que me arrepintiera. Su potencia me hizo sentir una muñeca de trapo, a merced de una bestia y eso, sin embargo, me gustó muchísimo.

Sin siquiera darme cuenta, tiré de la esposa que me mantenía prisionera a esa cama con tanta fuerza que, acabé finalmente por sacarla del armazón donde estaba metida. Me sujeté a él con ambas manos, lo agarré por el su cabello. Sus ojos muy abiertos cayeron sobre mí, implacables como el resto de su cuerpo, penetrándome también.

Parecía inhumano.

Sentí una punzada de pánico, mis gemidos se convirtieron en gritos desenfrenados.

Mr. Baker me tapó la boca, bajando la velocidad hasta detenerse.

—Shhh. —Sonrió—. O pensarán que te estoy haciendo algo mucho peor que follarte como Dios manda.

¿Peor que matarme? Porque me estaba matando, aunque de forma divina, justo la forma en la que me gustaría morir.

—¡Mmh! —gemí, aún atravesada por su dura carne.

—Tranquila, respira por la nariz.

Lo intenté. Inspiré, dejando que una mano débil se deslizara desde su cabello hasta su pecho. Debajo del duro pectoral, sentí su corazón corriendo velozmente, mientras él también recuperaba el aliento.

Su cuerpo tan grande, ahora sobre y dentro de mí, parecía protegerme; al mismo tiempo me hacía sentir completamente poseída, para bien y para mal.

Me contraje por instinto para retenerlo a él y a aquella sensación.

Mr. Baker advirtió aquella presión.

—Hazlo ahora, aprieta fuerte.

Lo hice y en respuesta advertí una palpitación de su miembro que reverberó en mis carnes.

—Muy bien, niña. Ahora vamos a jugar a un juego educativo —dijo, dejando mi boca.

Nos hizo rodar a ambos por la cama, haciendo que acabara a horcajadas sobre él, mucho más libre de moverme. La brisa fresca lamía mi piel acalorada; podía incluso levantarme sobre mis rodillas para dosificar la exuberancia de esa verga. La que decidía era yo.

—¿El juego es que ahora mando yo?

Él hizo una caricia en mi mejilla, dando muestras de compasión por lo ilusa que era. Luego bajó a atrapar mi garganta con su gran mano, sujetando mi cuello de lado a lado.

—El juego es este: cuando yo apriete, tú también me aprietas en tu coñito. Solo cuando considere que lo has hecho como es debido, dejaré tu cuello. —Empezó a hacer presión con los dedos.

Como ya me había imaginado esa escena en mi cabeza, caí en la cuenta de que seguramente había sido yo quien le había dado esa idea. Me había visto con la mano en el cuello, restregándome contra su ropa: mi fantasía se estaba cumpliendo, pero a su modo.

Afirmé las palmas de mis manos en su pecho para sostenerme y usé mis músculos internos, acompañándolos con un movimiento sinuoso de mi pelvis. Sentí cómo toda su longitud recorría mi interior y me abría, oponiéndose a mi esfuerzo de contracción.

—Sí, así —aprobó—. Aprieta más, exprímeme la polla, nena.

Me detuve, para que ambos lo sintiéramos mejor. Cuanto más intentaba hacer lo que me ordenaba, más intensa se volvía la presencia invasiva de aquel falo que se erigía como un obelisco inquebrantable dentro de mi vientre.

Yo me encogía, y él se hacía más grande.

Él apretaba con fuerza los dedos, y me quedaba sin aire, quemándome el estómago y la cabeza... hasta que decidió soltar un poco la presión.

Jadeé, respirando una gran bocanada de aire.

—Este... juego... no me parece equitativo.

—No tiene por qué serlo, puesto que el que manda soy yo. —Me pellizcó un pezón, fino y delicado entre sus dedos grandes, girándolo como un regulador de volumen: el volumen de mis gemidos—. Eres mi putita esta noche: obedece y disfruta, no tienes que hacer nada más

—¿Ni siquiera esto? —Hice fuerza sobre mis rodillas y comencé a cabalgar su enorme polla, en un ir y venir.

—Con eso, seguro que nunca fallas. Sin embargo, cada cosa a su tiempo —Mr. Baker me agarró de un costado. Me inmovilizó, al mismo tiempo que volvía a estrangularme.

Respondí de inmediato, contrayendo el abdomen un largo, larguísimo rato. Solo que, cuando relajé los músculos, sus dedos siguieron apretando.

Le agarré la mano para quitármela de encima, pero no se apiadó: agarró la cadena de la pulsera y se la enrolló en el puño, sujetándome el brazo.

—Ya sabes que hacer cuando quieras volver a respirar.

Por un instante temí que llegara a asfixiarme, si no estaba contento conmigo. Apreté tan fuerte ahí abajo que noté cada pequeño impulso de aquel pájaro que parecía dotado de vida propia. Y lo hice durante tanto tiempo que el calor creció desmesuradamente, al mismo ritmo que los latidos de mi corazón, llevándome muy cerca de algo que solo podría describir como un pariente cercano del orgasmo: una mezcla concentrada de adrenalina, espasmo y deseo.

—¿Ves que estás aprendiendo el juego? —aflojó el agarre.

Abrí la boca tanto como pude, devorando oxígeno durante cuatro segundos. Al quinto, él me lo volvió a quitar.

—Otra vez. Baja un poco más y aprieta bien. —Incluso desde abajo, tenía el control total.

Continuó con ese juego, manteniéndome al borde de la asfixia y de un placer terrible y retorcido. Permanecer inmóviles se hizo imposible, él mismo me guió por el cuello y por el costado atenazado, hacia delante y hacia atrás, viniendo a mi encuentro.

Fue entonces cuando su miembro tocó un punto dentro de mí que me llevó al cielo. Mi cabeza cayó hacia atrás, mi cuerpo entero se contrajo, rígido, aunque mis nervios ya no respondían: eran puro temblor.

El corazón empezó a latir con fuerza, sobrecargado y falto de oxígeno.

Había llegado a un pelín del pánico puro y duro, provocado por la asfixia, cuando Mr. Baker soltó mi garganta permitiéndome echar hacia atrás los hombros, en un ángulo perfecto para que su falo golpeara justo ahí, donde me volvía loca.

Frotó con la yema de uno de sus dedos mi clítoris, apenas visible en lo alto de la carne abierta por la verga.

—Córrete, niña. Vamos, hazme sentir cómo gozas.

Empujó su pelvis hacia arriba dándomelo tan bien, justo ahí, en ese maldito y magnífico punto... y yo ya no vi nada, excepto destellos en el techo, mientras

los fuegos artificiales de un orgasmo astronómico explotaban en mi universo.

Fue un orgasmo dictado por el cuerpo, pero en gran parte también por la mente: me había chantajeado, atado, poseído y sometido en el verdadero sentido de la palabra. Todas las fantasías que había querido experimentar, se habían concretado de una sola vez. Me había hecho disfrutarlo, como me había prometido... y me llamaba "nena" de esa forma tan obscena.

Cuando los temblores cesaron, me dejé caer pesadamente sobre su pecho. Mi rostro se refugió en el hueco de su cuello.

Él me abrazó, me acarició la espalda y me besó en la sien.

—¿Estás ahí, pequeña? —murmuró con impaciencia.

Suspiré, feliz.

—Mmh... no... estoy flotando.

Mr. Baker soltó una risita.

—Ahora te alcanzo.

Sentí cómo me movía con facilidad, y sin fuerza en el cuerpo, le dejé toda la libertad para manejarme como si fuera una muñeca. Me colocó a cuatro patas, agarrándome con fuerza por las caderas. Él, ubicándose detrás de mí, me hizo abrir las piernas y volvió a meterme su gran polla. Se hundió hasta el fondo, sujetándome a él, mientras yo aún estaba como flotando por las endorfinas.

—Pero mira qué bonito... —Palpó una nalga, reavivando el ardor de las palmadas—. Adoro las vistas de este lindo culito rojo, mientras te follo el chochito.

Torcí el cuello hacia atrás para verlo con mis propios ojos: el eje corría largo y turgente bajo las dos colinas sobre las que se podían distinguir las huellas rosa fuerte de varios dedos, deslizándose suave como la seda en mi sexo. Era increíble cómo había podido hacerle sitio a ese trasto en mi tripita.

Mr. Baker me atrajo con violencia contra su cuerpo, tirando de mí hacia atrás mientras me embestía una y otra vez.

Grité.

—¡Ay Dios!

—Tranquila, nena, ya casi estoy. Compláceme: baja la cabeza y toma todo lo que puedas.

Abrí los codos y apoyé la mejilla en la sábana.

Fui empujada con violentas embestidas, gimiendo con los labios cerrados. Estaba satisfecha, había tenido mi orgasmo, quería descansar, pero también quería darle aquel placer que él mismo me había regalado. Era importante que estuviera satisfecho conmigo.

Me dejé zarandear, navegando sobre ese colchón como bajo el influjo de corrientes marinas, acompañando su hundirse y su reflotar. Lo retuve con

fuerza, en secreto, en lo más profundo de mí, aunque él ya lo sabía, sentía en su polla estrujada, lo que quería tratar de hacer. Hizo una pausa para sentirlo mejor, mientras su miembro se hinchaba y se llenaba, cerca de estallar.

—Sí, cariño, aguanta... —gruñó con los dientes apretados por haberse contenido durante tanto tiempo. Por un instante más estuvo completamente dentro y fue mío. Luego me la arrancó del vientre, la empuñó con un gruñido de placer y explotó en chorros calientes sobre mi espalda. El primero me dio entre los omóplatos, bajando a lo largo de las vértebras, otras salpicaduras planearon ligeras, desordenadas, y la última me mojó la nalga derecha.

Una vez que se calmó, aflojó el agarre. La sangre fluyó de nuevo a través de las huellas blancas que sus manos habían dejado sobre mis caderas. Caí sobre mi vientre, seguida por él, que se tumbó a mi lado.

De repente, todo quedó en silencio.

En el silencio, interrumpido solo por el canto de algún pájaro nocturno, escuché nuestras respiraciones agitadas volver poco a poco a un ritmo regular. Estaba suavemente deshecha, en éxtasis, y me parecía que no podría moverme jamás.

Poco después, sin embargo, hice el esfuerzo de coger la mordaza para limpiarme la espalda. Al primer intento de pasármela por la cintura, Mr. Baker me la quitó de las manos y se me anticipó, limpiando su semen. Después aflojó la correa de las esposas, liberando mi muñeca; se ocupó de todo, como si realmente fuera una niña a la que atender.

Masajeé la piel enrojecida y rodé hasta tumbarme de espaldas.

—Hostia puta... — Me toqué el vientre con dedos débiles, un poco temblorosos, mirando fijamente el techo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —Extendió su mano y la posó sobre la mía, como si quisiera asegurarse de no haber causado un daño irreversible.

—Pasa que no sé si eres un monstruo o un mago, Mr. Baker.

Inspiró.

—¿Qué dices tú?

Giré la cara, él hizo lo mismo, y nuestras miradas se encontraron.

—Definitivamente un monstruo —pronuncié, con gravedad. Por un momento pareció una condena hacia un hombre que había usado el chantaje para llevarse a la cama a una joven camarera. Hasta que especifiqué—: Un monstruo del sexo.

Él soltó una risita y me cubrió la cara con la palma de su mano, restregándola.

—Anda, calla, monstruita. —Recorrió mi nariz con la yema de su dedo y se detuvo en la punta, donde dio dos golpecitos—. Y ya basta de Mr. Baker. Para

ti ahora soy William.

No sabía que había oído su nombre cuando se había presentado a Miss Douglas. En cualquier caso, revelado en ese momento, resultó tener otro sonido y otro valor. Utilizarlo era un derecho íntimo que me había ganado, así que lo hice.

—Un placer haberte conocido, William.

Él cogió una de mis manos y besó mis nudillos.

—Créeme: el placer ha sido mío, niña.

Capítulo 4



Me escabullí sigilosamente al amanecer. Aquel día trabajar iba a ser más complicado de lo normal, tanto porque había dormido poquísimo —o nada—, como porque iba a notar durante bastante tiempo las secuelas del polvazo, a juzgar por cómo me sentía.

Aun así, me puse a ello, pero mi cabeza seguía ausente. Antes de servir el desayuno, había oído a las mujeres de la limpieza comentar que el huésped de la habitación 101 dejaría el resort esa misma mañana.

No volvería a ver a William, tendría que conformarme con el recuerdo de aquella única noche tórrida, que me había hecho descubrir una nueva sexualidad, abriéndome las puertas a un universo de fantasías inconfesables. Deseos legítimos, pero peligrosos, si se experimentaban con el hombre equivocado.

Había sido buena eligiendo mi primera experiencia de ese tipo. Ay Dios, en realidad no había elegido, me había sentido atraída por su perfume, por sus modales, tanto que, en cuanto me acerqué a él, la sintonía fue inmediata. Luego, la madura competencia de Mr. Baker, había hecho el resto.

Lástima no poder repetir la experiencia al menos una vez.

Habría estado dispuesta a volver a hacerlo, incluso sin chantaje de por medio. No de inmediato, claro, pero sí cuando me hubiera recuperado.

Esperaba que bajara a desayunar, que al menos viniera a despedirse de mí, pero no lo hizo, y debo admitir que me quedé un poco mal. Podría haberle hecho guardia en la entrada para interceptarlo cuando se fuera, si no hubiera parecido una movida patética.

Tal vez era mejor así. Después de todo, ¿qué más teníamos que decirnos?

Él había obtenido lo que quería, y yo... yo también, de algún modo.

Habría sido un alivio volver a la normalidad, libre del desbarajuste que me provocaba su presencia. Y con mayor razón lo habría sido ahora, después de todas las cosas inapropiadas que habían pasado entre nosotros, y después de los secretos que le había revelado.

Las cuatro horas libres de la tarde las pasé en la cama, prometiéndole a Haley que le contaría dónde había pasado la noche solo si me dejaba dormir.

Lo necesitaba desesperadamente, por muchas razones, pero sobre todo y entre otras cosas para cerrar un capítulo que en pocos días de locura me había dado tanto. También me había quitado algo a lo que todavía no sabía dar un nombre; una segunda virginidad, de alguna manera, como si aquella con William hubiera sido mi primera vez de verdad.

La sensación de conquista y, a la vez, de pérdida era la misma.

Esa noche, cuando me presenté en la terraza para servir la cena, estaba mucho mejor. La mesa de William estaba vacía y yo había vuelto a bromear con Haley que, incapaz de contener su curiosidad, me soltaba indirectas cada vez que nos cruzábamos.

No puedo decir que todo iba de maravilla, pero tenía una modesta sonrisa en los labios, al colocar sobre la mesa de una joven pareja una parrillada de pescado. Al girarme para volver a entrar en la cocina, percibí una ráfaga de perfume... *ese* perfume.

Mi sonrisa se desvaneció.

Había un hombre en la mesa de la cabaña 101, y era William. Acababa de sentarse, y estaba desplegando la servilleta junto al plato.

Mi corazón travieso volvió a hacer de las suyas. A pesar de que había estado en su cama, todavía me sentía cohibida frente a él. Tal vez precisamente porque había experimentado en mi propia piel de lo que era capaz.

Levantó la cabeza y me miró con una expresión indescifrable. Por mi parte, bajé la mía, en un gesto de saludo a distancia, que él correspondió. Después de eso, sentí cómo alguien me tomaba del brazo al pasar junto a mí: Haley me escoltó hacia la cocina.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te enrollaste con el buenorro? —susurró, toda excitada—. ¿Estás loca?

Realmente lo estaba.

—¿Qué te hace pensar que es él? —pregunté, temerosa de haber dado un paso en falso, algo que cualquiera podría haber notado.

—Tu cara, cariño: parece que acabas de recibir una bofetada... o un beso jodidamente obsceno, no sabría decirte.

A las bofetadas aún no había llegado, al menos.

Me mordí una comisura de mis labios, dejando la bandeja en la barra.

—Definitivamente diría que beso.

Haley me apretó el codo.

—¡Ay Dios mío, lo sabía!

—Shhh. Promete no decírselo a nadie. Es un cliente.

Se llevó dos dedos a los labios en cruz y les dio dos besitos.

—Lo juro, ni una palabra. Pero tú me lo tienes que contar todo. Todo, con pelos y señales. —Vimos a lo lejos a un huésped levantando la mano: alguna de las dos tenía que acercarse a ver qué quería. Justo cuando di un paso al frente, decidió que tenía que ir ella—. ¡Prepararé las palomitas para la ocasión! —chilló, pasando junto a mí con la cara alegre de quien se divierte.

Así, unos instantes después, tuve que dirigirme a la mesa de la cabaña 101, a servir a mi fascinante chantajista, del cual a nadie, *nunca*, le contaría todo.

De pie frente a él, abracé mi bandeja vacía, mi escudo.

—Pensé que te habías ido. —Fue mi saludo. No el más amable, tengo que admitirlo.

Él apoyó la espalda en la butaca y el antebrazo sobre la mesa. Llevaba pantalones y camisa negra, desabrochada hasta el pecho, sin chaqueta. Tenía "sexo" escrito con letras mayúsculas en la frente, en el pecho, en los brazos y por todas partes a su alrededor.

—¿Solo lo pensabas? ¿O te informaste?

—Oí que lo decían.

—¿Te molesta que no me haya marchado?

—No, claro que no. —Era una bomba de tiempo para mi anonimato, mi autocontrol y mi cordura, y sin embargo me aliviaba encontrarlo allí—. Solo lamentaba que no me lo hubieras dicho y que no te hubieras despedido.

—Como ves, estoy aquí. He pospuesto mi partida unos días.

No quería ilusionarme con las razones de esa elección. Me mantuve impasible.

—¿Otros asuntos requieren tu atención?

William tamborileó suavemente con las yemas de los dedos sobre la mesa, sin prisa, antes de responder.

—Uno en particular.

A medida que avanzaba aquella conversación, en apariencia sin pretensiones, me pareció que muchas cosas se estaban expresando en las pausas, en los silencios y en las palabras no dichas. Especialmente en su mirada, que tenía el poder de quitarme el aliento.

Solté un profundo suspiro.

—Bien. ¿Qué te traigo? —pregunté, arreglándome el cabello en la nuca para asegurarme de que estuviera en orden. Poco importaba que me hubiera visto despeinada, sudada, lloriqueando y delirando. El impulso de mostrarme lo mejor posible ante él seguía siendo más fuerte.

—El pescado a la parrilla tiene buena pinta. Agua sin gas con limón y unas toallitas limpias, cuando hayas terminado.

—¿Toallitas? —¿En la cena?

—Toallas, a mi cabaña —aclaró.

Dios mío, ¿era una invitación eso? ¿O una orden?

—¿Esta noche? —Apreté la bandeja, entre la impaciencia y el temor. Había deseado otra noche con él, y alguien ahí arriba me había oído: debía recordar tener mucho cuidado con lo que deseaba, porque ahí arriba los deseos sí los concedían, pero a su manera—. ¿Y si esta noche no... pudiera?

Me pregunté si volvería a usar el arma del chantaje para obligarme.

Él apartó la servilleta, colocándola debajo de su mano.

—Cassie —comenzó, mirándome fijamente con sus penetrantes ojos verdes. Su voz se hizo baja para que nadie pudiera oírlo, pero su tono siguió siendo autoritario—. Está lo suficientemente claro que cuando yo mando, tú obedeces, independientemente del motivo por el que lo hicieras anoche, ¿verdad? Simplemente porque esa es la dinámica que hemos establecido entre nosotros, y está bien para ambos. Parece que nos hemos divertido con este juego, al fin y al cabo.

Me tomé un momento para elaborar el concepto y asimilarlo.

—Sí, es cierto —murmuré, sintiendo ya las mariposas enloquecer en mi estómago.

William habló en un tono aún más bajo, lento, marcando las sílabas, de modo que pudiera leer sus labios y no hubiera equivocaciones.

—¿Eres o no eres mi putita, nena?

No me estaba tocando, pero fue como si lo hubiera hecho: sentí una oleada de calor subir por el cuello, depositándose en las mejillas.

No tenía defensas contra esa forma erótica que tenía de imponerse. Porque era sofisticado incluso al ser vulgar, era dulce incluso al ser violento, era comprensivo incluso al ser dominante.

—Sí... lo soy.

Soy tu putita, William.

Cada vez que me miras y me hablas así, no puedo ser más que tu putita.

Sonrió, con una sonrisa cálida.

—Entonces sírveme la cena y ten presente que miraré tu lindo culito cada vez que pase frente a mis ojos. —Me dedicó un guiño, el muy granuja.

Dejé caer la bandeja a lo largo de mi costado, conteniendo el deseo de llevar la mano a mi mejilla o a mi corazón. Nadie debía sospechar que el tema de la conversación no era el pescado parrilla.

—De verdad quieres hacerme tropezar. —Sonreí, negando con la cabeza.

—Si eso me da una buena excusa para recogerte y cuidarte yo mismo, puedes apostar que estiraría la pierna por debajo de la mesa cuando menos te lo esperes.

Estaba bromeando, obviamente. Aunque...

—Vale... espero sinceramente que no lo hagas. —La conversación estaba tomando un giro realmente inapropiado, y el timbre de la cocina me llamaba con fuerza—. ¿Pescado a la parrilla, dijiste?

—Bien hecho. —Cruzó las piernas, con arrogancia—. No me importa esperar para conseguir lo que quiero.

Más que el pescado, era a mí a quien esperaría, eso estaba claro.

Pero la más ansiosa sería yo.

***

Usé la llave maestra para entrar en la cabaña 101. Cerré la puerta y me detuve; llevaba en los brazos una pila de toallas mullidas tan alta que me llegaba hasta la cara.

Me había excedido.

Encontré a William allí. Sentado en el sofá, descalzo, había acercado la mesita a sí para poder trabajar en el ordenador. A su alrededor, papeles, un cenicero usado, y una botella de Caol Ila.

—Tus toallas —dije, como si fuera el verdadero motivo de mi intrusión.

Él levantó la vista tras terminar de leer algo en el monitor.

—Déjalas en la silla y ven aquí. —Cerró el ordenador con el dedo índice—. Quítate los zapatos, ponte cómoda.

Dejé la pila donde me había indicado.

—¿Puedo preguntarte qué tienes en mente? —dije, haciendo chocar los talones para sacarme los zapatos.

—No, no puedes.

—¿Por qué?

—Lo bonito es dejarse sorprender, ¿no crees? —Vertió un chorrito de whisky en el vaso, apartando el resto de cosas de la mesa.

Ya estaba sorprendida. Solo por el hecho de que me hubiera pedido sentarme a su lado, en lugar de ordenarme arrodillarme en el suelo o algo por el estilo.

—¿Eso significa que no tienes pensado llevarme a la cama?

—¿No puedo desear tu compañía sin necesariamente querer follarte? —Dio una palmada en el cojín de al lado, invitándome a tomar asiento.

Le tomé la palabra y me puse cómoda. Me quité la goma del pelo, la deslicé hasta la muñeca para darle un respiro a mi cabeza, y apoyé un codo en el respaldo, girándome hacia él.

Parecía que estábamos en igualdad de condiciones: y me gustaba. Era agradable que pudiera pasar de dominarme a tratarme como a una igual con tanta naturalidad.

Acepté el vaso que me ofrecía y di un par de sorbos. El líquido bajó por mi garganta marcando su camino. Era fuerte, como quien me lo había dado.

—Mira, sé que tienes algo en mente. Así que, ¿me dices qué hago aquí, por favor?

Ni de broma quería solo hablar, era joven, pero no era estúpida. Ese hombre estaba tramando algo.

—Muero de curiosidad.

Él me quitó el vaso de la mano, se bebió el último trago y apoyó los codos en las rodillas.

—Ese asunto pendiente...

—¿Soy yo? — pregunté, dejando a un lado falsas modestias.

—Eres tú. Tengo una pregunta que hacerte y me gustaría que fueras sincera. —Sus cejas se habían arqueado, tensas.

—Oh, oh. Así me preocupas... —Junté más las piernas, agarrándome un tobillo.

—Tengo que irme. Mi viaje incluye otras dos etapas: Bahamas y una parada rápida en Haití. —Un viaje de ensueño, aunque para él sería solo un viaje de negocios. Lo cual no explicaba qué pintaba yo en todo eso.

—¿Significa que tendremos que despedirnos pronto?

—No, si vienes conmigo. —William lo dijo sin rodeos, pillándome completamente desprevenida—. Es una invitación, Cassie. Serías mi invitada. Durante todo el viaje, solo tendrías que encargarte de una cosa: de darme placer.

Vaya, al final la bomba me había explotado en la cara... solo que de una forma muy distinta a la que imaginaba. Me lanzó de cabeza a otra realidad, una en la que solo estábamos él, yo, y camas siempre distintas, perennemente deshechas... ¿Y luego? ¿Qué sería de mí?

—Eso significaría renunciar a mi trabajo —observé—. No puedo tomarme unas vacaciones tan pronto, perdería el puesto.

Entonces soltó la verdadera bomba.

—Te recompensaría, si es el sueldo lo que te preocupa. —Levantó la barbilla y la apuesta—. Se te pagaría generosamente, y cuanto mayor fuera mi satisfacción, mayor sería tu recompensa. Seré exigente, no lo niego, pero el dinero ya no sería un problema para ti durante mucho tiempo, incluso después del viaje.

—Dios, William... —susurré, pasándome la mano por la cabeza para apartarme el cabello—. Eres inmoral, desvergonzado y... tan disoluto que da miedo. Esto significaría ser tu puta de verdad, no por juego ni por chantaje.

Cogió un cigarrillo de la cajita de plata que yacía sobre la mesa.

—¿Te importa, sabiendo que serías pagada para disfrutar *conmigo y para mí*? ¿Es esa una perspectiva tan terrible?

—Es aterradora la idea de depender de ti hasta ese punto... Pero también es increíblemente tentador, tengo que ser sincera.

—Entonces aceptas —dedujo, mientras buscaba el encendedor bajo los papeles esparcidos.

Suspiré, farfullando:

—Si los tuviera, me martillearía los cojones por lo que estoy a punto de decir.

Ya me estaba mordiendo el interior de la mejilla.

Él se detuvo, empujó la mesita hacia atrás y puso su pie descalzo sobre ella. El cigarrillo, todavía sin encender, entre sus dedos.

—Entonces es no.

Me sentía como alguien viendo pasar un vagón de lujo sin subirse, tan tonta como para querer hacer el trayecto a pie, con sus propias piernas. Mantenerme firme y soltar una explicación sensata me costó un esfuerzo enorme, pero lo hice igualmente.

—Estoy rehaciendo mi vida aquí. Por primera vez, después de mucho tiempo, soy feliz. Me levanto con ganas de hacer cosas, de hacer planes. No quiero arriesgarme a perder este trabajo antes de estar lista para cambiar de rumbo —me encogí de hombros, haciendo un pequeño puchero—. Si no, ¿por qué crees que tu chantaje funcionó tan bien?

William se rió y se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en el sofá.

—Y yo que pensé que era por mi cara bonita.

También me reí, contagiada por su expresión hilarante.

—O quizá por mis tiernos modos —añadió.

—¿Tiernos? —exclamé.

—¿No será por el Mai Tai? —nos reímos aún más fuerte.

—No, ahora en serio, escúchame —estiré el pie, dándole un pequeño empujón en el muslo, para poder terminar de explicarle mis razones—. Siento que marcharme ahora sería como volver a huir. No quiero hacerlo. Quiero que sea el mundo el que venga a mí, como hiciste tú al elegir el Caribbean. Puede que te parezca una tontería, pero no estoy aquí para ser camarera, estoy aquí para reconstruirme. Y lo estoy haciendo, poco a poco.

Él comprendió que eran palabras importantes, y recobró su compostura en el tono, aunque no en el cuerpo, que seguía cómodamente reclinado.

—Por mucho que hubiera esperado una respuesta diferente, tu elección es admirable. —Con un golpe seco de los dedos, arrojó el cigarrillo sobre la mesita—. Esto explica por qué tú eres la única a quien se me ha ocurrido hacerle una propuesta así. Porque me gusta como piensa tu cabecita, y porque, en el fondo, te entiendo más de lo que crees.

Empezaba a pensar que era cierto. Desde el principio, con pocas palabras, él había sido capaz de intuir ciertas cosas de mí... las más íntimas. Incluso mis fechorías.

—Yo, en cambio, no te entiendo —respondí, apoyando la sien en la palma de mi mano—. ¿Por qué hacerme esta propuesta a mí? Podías tener a Miss Douglas y me escogiste a mí.

—Chrystal es una mujer atrincherada en sí misma, solo puede soñar con el coraje que tuviste al mostrarme tu debilidad.

Es decir, mi cleptomanía, que consideraba mi mayor defecto.

—Eso tampoco me cuadra: dijiste que preferías a las chicas con una cierta "pureza de ánimo", pero ahora sabes que soy una ladrona y una mentirosa.

Era, después de todo, la triste verdad, y el hecho de ser yo quien la admitiera no me dolía tanto como escucharlo de otra persona.

Él soltó un bufido por la nariz.

—Tú, que piensas que robar una caja de cerillas es un pecado, eres una de las personas más puras que conozco, nena. —Estiró las piernas, colocando un tobillo sobre el otro, en la mesita—. Y un pelín ingenua.

Incluso en esa relajación del cuerpo, su sensualidad se derrochaba.

—No soy ingenua, pero por lo demás aprecio mucho lo que has dicho. —El único que me había dicho algo similar había sido mi psicólogo, y a él no le

había robado nada, ni me había comportado de forma obscena en su presencia.

Volví a poner los pies en el suelo.

—Pensar que creía que la vida te había traído a mí solo por el sexo... ¿Qué tan absurdo es que el hombre que me usó y me llamó puta esté aquí para ofrecerme otra de esas migajas de autoestima que voy buscando?

—Es la vida: es verdadera sólo cuando es una locura. —Llevó un brazo detrás de su cabeza y giró su rostro hacia mí.

—Aunque no me habría importado darte mucha más polla, junto a la autoestima.

—¡Qué bobo eres, Mr. Baker! —dije riendo, mientras me incorporaba y recolocaba la falda que se me había enrollado en la cintura.

Lo que teníamos que decirnos, ya nos lo habíamos dicho, era inútil que siguiera rondándole.

—¿Volverás a visitarme?

—Tarde o temprano, tal vez —respondió, vagamente—. ¿Te encontraré aquí?

—Tal vez. —Sonreí, pagándole con la misma, sincera, moneda.

Luego me incliné para coger los zapatos.

—¿Adónde vas? —Su pulgar recorrió el borde de la camisa abierta, deteniéndose justo debajo del pecho, trabajando en el botón cerrado, sin desabrocharlo.

—Me voy a dormir, ya que hemos aclarado las cosas.

—¿Acaso te he dicho que, una vez terminada la conversación, podrías irte?

—No. —Pero si la charla se había acabado, ¿qué más podíamos hacer? Quedaban pocas alternativas: ¿mirar las estrellas? ¿Contar ovejitas?—. Pero dijiste que no estoy aquí para follar, si no me equivoco.

—Te equivocas: nunca dije eso. Solo te pregunté si no podría querer tu compañía sin necesariamente querer follar contigo. Pregunta respondida: eso no implica que no quiera hacerlo. —Se levantó de golpe, con un salto depredador, con el cual perdió su estado de relajación y volvió a estar completamente alerta, listo para la acción—. Lo ves: eres realmente ingenua.

Se acercó tanto que su perfume me embobó, como el primer día. Pero más que su perfume, era él quien me causaba ese efecto de atontamiento, similar a una droga.

Me quedé inmóvil como una tonta, con los brazos extendidos a los costados, mi carita mirando hacia arriba, perdiéndome en sus ojos, un par de palmos por encima de los míos.

Creí que se contentaría solo con hablar. Tenía que rectificar: era realmente una ingenua.

Tomó los zapatos de mi mano y los arrojó al suelo.

—Me iré, pero lo haré dentro de unos días. Mientras tanto... —Su nudillo rozó mi pecho sobre la tela de la camisa, obteniendo una reacción inmediata. Luego, su mano me abarcó por completo la mejilla, y las yemas de sus dedos se deslizaron suavemente hasta rozar el nacimiento del cabello.

—Te follaré cómo y cuánto quiera. —Erguido sobre mí, me empujó con su cuerpo hacia el sofá—. Te follaré en el sofá, en el piso, en el baño y en cada rincón de esta cabaña. ¿Alguna objeción, nena?

Sentí el cojín contra la parte posterior de mis piernas. Me dejé caer, mis extremidades cedieron, mi respiración se entrecortaba.

—No, pero...

Tal vez habría sido mejor dejar algo en claro, como que aquella noche debería tomar las cosas con más calma.

—Shhh. Sin "peros". Solo tienes que decir que sí. —Me hizo recostar sobre los cojines, su boca quedó a un suspiro de la mía—. Dímelo, dime "sí" —ordenó en un susurro.

—Sí... —jadeé.

Sí, William. Solo y siempre sí, a ti.

—Buena chica. —Presionó sus labios en mi boca y me dio su lengua, la introdujo con vehemencia, surtiendo un efecto mucho más poderoso que el del whisky.

Lo atraje por los hombros, por la camisa, invitándolo a que me aplastara con su mole de hombre adulto, fuerte, capaz de someter en cuerpo y mente a la jovencita que yo era.

William me abrió las piernas, forzándolas en medio con las suyas. Mi falda ajustada cedió con un desgarro que fue el sonido premonitorio de lo que me esperaba. Mi cuerpo saldría hecho pedazos, lo sabía ya.

Pero habría sido memorable.

Lo habría sido durante otras dos, tres, cuatro noches, todas las que se hubiera quedado. Todo el tiempo en que yo habría sido, feliz y orgullosamente, su pequeña putita.



Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que hayas disfrutado de este ebook.
Me encantaría leer una reseña tuya en Amazon o en las redes sociales,
¡todas las **opiniones** son **importantes** para mí!

Si quieres descubrir otras de mis historias,
¡visite este enlace!

Anna

Para conocer nuevas publicaciones, extractos y promociones, sígueme en: